



# Yayo Herrero

## Una mirada para cambiar la película

**Ecología, ecofeminismo y sostenibilidad**

# **Una mirada para cambiar la película**

**Ecología, ecofeminismo y sostenibilidad**

Yayo Herrero

*Una mirada para cambiar la película*  
*Ecología, ecofeminismo y sostenibilidad*  
Yayo Herrero



Edición digital: 1.0. Febrero 2016

Prólogo de Fernando Cembranos

Esta obra se encuentra bajo una licencia [Creative Commons by-nc-nd 3.0](#).

Ilustración de portada: [Urbanismo ecofeminista](#) (CC-by-nc-nd). Emezetaeme  
[[www.zetaeme.com](http://www.zetaeme.com)]

Identificador Safe Creative: [1603086822581](#)

**Ediciones Dyskolo** ([www.dyskolo.cc](http://www.dyskolo.cc)) es un proyecto sin ánimo de lucro que busca establecer una nueva relación entre quienes escriben y cuantas personas disfrutan de la lectura. Dyskolo busca fomentar la difusión de la cultura de una forma abierta, libre y participativa, publicando sus obras únicamente en formato digital, bajo licencia Creative Commons y sin restricciones tecnológicas (DRM).

# Índice

## Prólogo

### Los retos del movimiento ecologista ante la crisis global

1. El ecologismo ante la crisis civilizatoria
2. Somos ecodependientes e interdependientes
3. Somos en un mundo con límites... ya superados
4. Una mitología que esconde el colapso ecológico
5. Hacia una nueva racionalidad ecológica y antipatriarcal: aprender a vivir con menos
6. Cómo construir una nueva racionalidad que coloque la vida en el centro de la reflexión y de la experiencia

### Ecofeminismo, una propuesta para repensar el presente y construir futuro

1. Apuntes introductorios sobre el Ecofeminismo
2. Repensar el presente y construir futuro

### Vivir y trabajar en un mundo justo y sostenible

1. Ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia

## Bibliografía

## Autora

## Prólogo

¿Por qué cuando se contamina el agua del río o se tala un bosque sube el PIB? ¿Qué relación tiene el trabajo de las mujeres migrantes en Europa con las bandas juveniles en Latinoamérica? ¿Por qué cuando el señorito se casa con la criada disminuye el PIB? ¿Son más necesarios unos trabajos que otros? ¿Hay que hablar de crecimiento económico o de reparto de bienes? ¿En que consiste el bienestar en un planeta que no puede crecer de forma ilimitada en recursos materiales? ¿Es compatible la acumulación de capital con el mantenimiento de la vida? ¿Hacia dónde poner el rumbo de nuestras sociedades a las puertas de un colapso ecológico y en plena crisis civilizatoria?

Si sabes poco de estos temas este libro te pondrá al día de una manera esencial y sencilla. Si sabes mucho te ayudará a sintetizar tus conocimientos y a comunicarlos con más facilidad. Si sabes de unos temas pero no de otros, te servirá para que completes el mapa y puedas relacionar las diferentes subtramas de la realidad y además te facilitará entender “la película” en su conjunto.

En buena medida es el libro que habrían escrito Simone de Beauvoir, Marx y Margalef si hubieran hablado muchas horas, se llevaran bien y no les hubieran dejado escribir muchas páginas. Ciertamente es que los referentes de Yayo Herrero son además muchas otras autoras y autores (Vandana Shiva, José Manuel Naredo, Cristina Carrasco, Ivan Illich, Ramón Fernández Durán, Carlos Fernández Liria, Silvia Federici, Celia Amorós, Georgescu-Roegen, etc), pero su especialidad es hacerles hablar desde sus posibilidades de convergencia.

La consistencia del análisis se fundamenta en la crítica que realizan la economía ecológica y la economía feminista (junto con parte de la crítica marxista) a la economía convencional. Ambas iluminan aquello que la economía convencional invisibiliza por ignorancia y/o interés, esto es, los procesos que permiten o destruyen la vida. Iluminados estos procesos las conclusiones sobre lo necesario y lo beneficioso son muy diferentes y con frecuencia opuestas a las de la economía y la política convencional.

El texto relaciona cuestiones fundamentales como la tecnología, la economía, el trabajo, las necesidades humanas, la ecología, la energía, la política, los movimientos sociales, la cultura, las experiencias alternativas y da numerosas pistas como para construir un programa de medidas necesarias para una transición a un mundo justo y sostenible.

Sin duda es preciso cambiar el imaginario suicida de crecimiento y despilfarro, con el que se han conducido hasta el momento las sociedades llamadas “desarrolladas”, por otro más viable y más justo que permita la resolución de las necesidades humanas manteniendo la base material que permite la vida.

Considera la autora que es momento de hacer confluír las diferentes críticas, luchas, resistencias y alternativas. Pero también es necesario construir las mayorías necesarias como para hacerlas significativas, ante el previsible colapso ecológico y la crisis social.

El discurso de Yayo Herrero entrelaza con fundamento las inquietudes ecologistas con las feministas y tiende puentes para dialogar con las preocupaciones del mundo del trabajo. Es sencillo de entender a pesar de abordar las cuestiones esenciales. Pese a que no escatima en la contundencia de sus análisis, no te deja un poso de amargura, sino un interés por implicarse en los retos que plantea.

*Fernando Cembranos es psicólogo y miembro de Ecologistas en Acción*

# **Los retos del movimiento ecologista ante la crisis global**

---

## **1. El ecologismo ante la crisis civilizatoria**

---

A comienzos de la década de los setenta el Club de Roma hacía público el informe Meadows sobre los límites al crecimiento. En él se advertía de que, en un planeta con límites físicos, los incrementos permanentes de la extracción de materiales, de la emisión de residuos, de ocupación y degradación del territorio, así como el aumento exponencial de la población humana, no eran viables. El informe alertaba del riesgo que corría la humanidad, si se continuaba con esa tendencia, de llegar a superar los límites del planeta. El informe Meadows supuso un verdadero aterrizaje forzoso en la toma de la conciencia pública de la inviabilidad del crecimiento permanente de la población y sus consumos y puede decirse que es el arranque de un movimiento, el ecologismo social, que superaba las visiones puramente conservacionistas, incidiendo de forma más radical en la incompatibilidad entre la dinámica de los sistemas naturales y un modelo socioeconómico basado en la explotación de territorios y personas, así como en la urgencia en abordar las transiciones hacia otro modelo de organización que permitiese vivir en paz con el planeta.

Hoy, cuarenta años después, la crisis ecológica se ha agravado y se encuentra profundamente interconectada con las crisis económica y social. Nos encontramos ante una verdadera crisis civilizatoria que obliga a repensar las relaciones entre las personas entre sí y con la naturaleza.

Hoy, el movimiento ecologista, en sus diferentes expresiones, tiene importantes retos ante sí. Por una parte, como movimiento político, debe resistir y luchar contra los constantes proyectos e iniciativas que degradan el territorio y las condiciones de vida que vive en ellos; por otro debe

contribuir a generar propuestas alternativas al actual un modelo de desarrollo que resulta biocida y, sobre todo, debe trabajar para la transformación de los imaginarios, de los mitos y creencias que impiden que las personas se perciban como seres ecodependientes y actúen para virar el rumbo que conduce al colapso ecológico.

### **Unas pinceladas sobre el nacimiento de la conciencia ecologista**

Aunque las preocupaciones por la contaminación ambiental, la degradación de los ecosistemas o la conservación de los espacios naturales se encontraba presente desde varios siglos antes, es a partir de la década de los setenta, a raíz de la publicación del informe sobre los límites al crecimiento (Meadows, 1972) cuando podemos situar el mayor avance de la conciencia ecologista.

Sus planteamientos empezaron a adquirir una fuerza hasta entonces desconocida y la temática ecológico-ambiental fue ganando terreno en el mundo académico, en el administrativo y en el de los medios de difusión, en consonancia con la mayor sensibilidad de la población (Naredo, 2006).

Con anterioridad a la publicación del informe, ya había habido importantes focos de activismo y denuncia que prepararon el despliegue de la conciencia ecologista. El propio movimiento obrero jugó un importante papel en la lucha contra la contaminación ambiental en aquellos momentos en los que el crecimiento de la actividad industrial enfermaba a las personas que vivían y trabajaban en unas ciudades sumidas en nubes tóxicas emitidas por las fábricas.

La imposibilidad de extraer materiales de forma infinita, la contaminación del agua, el suelo o el aire, los riesgos de arrojar al medio productos xenobióticos a gran escala o las posibles consecuencias del crecimiento ilimitado de la población ya fueron abordados en las obras de personas pioneras como Rachel Carson, Paul Erlich o Boulding a comienzos de los 60. A finales de la misma década, los trabajos de Ivan Illich, André Gorz o Cornelio Castoriadis insistían en la urgencia de llegar a sociedades austeras y autónomas que abandonasen la obsesión por

el incremento incesante de la producción y el consumo.

Sin embargo, a pesar de todos estos antecedentes, fue el informe Meadows el que asestó un fuerte varapalo a la viabilidad de un pujante crecimiento económico y situó en el centro del debate la insoslayable conexión física que existe entre la economía y las dinámicas de los sistemas naturales. Esta dimensión material de la economía se vio aún más visibilizada con el estallido en 1973 de la primera crisis energética, a la que seguiría otra en 1979.

La preocupación creciente ante la crisis ambiental condujo a la celebración de Conferencia de las Naciones Unidas de Estocolmo en 1972. Por primera vez se abordaba la crisis ecológica como un problema político global y se establecían una serie de principios que debían reflejarse en la legislación. Un resultado de la conferencia fue la creación del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

Surgieron múltiples trabajos en todos los ámbitos: académico, político, económico. Entre 1970 y 1980 se publicaban trabajos de una enorme relevancia *Environment, Power and Society* (Odum, 1971), *The Closing Circle* (Commoner, 1971), *Small is Beautiful* (Schumacher, 1973), *Energy Basis for Man and Nature* (Odum y Odum, 1976) o *The Poverty of Power* (Commoner, 1976), entre otras, fueron obras que marcaron, y continúan siendo referencia fundamental para el movimiento ecologista.

En todos los lugares del planeta fueron surgiendo núcleos ecologistas que se materializaban en expresiones muy diferentes. Desde las opciones más netamente conservacionistas, que centraban su actividad en la conservación de especies —a veces de una sola especie— y de los espacios naturales, a las organizaciones enmarcadas dentro de la ecología política, que incorporaban las crisis social y económica como elementos inseparables de la crisis ecológica; desde las reivindicaciones ecofeministas, que buscaban el diálogo y sinergia entre feminismo y ecologismo, al ecologismo de los pobres relacionado con los conflictos ecológico-distributivos que se derivan de las relaciones Centro-Periferia; desde el ecopacifismo, muy relacionado con la lucha antinuclear y las tensiones producidas por la guerra fría, al el movimiento animalista, que denunciaba el especismo como dominación sobre los animales no

humanos...

En estos años nacieron organizaciones como Amigos de la Tierra, Greenpeace, Birdlife o WWF y comenzaron a aparecer opciones verdes dentro de la política institucional. En 1974 fue elegido en Suiza el primer diputado verde en un parlamento estatal y en 1979 se crea el partido verde alemán con Petra Kelly a la cabeza.

Toda esta conciencia creciente sufrió un importante frenazo en la década de los 80. Aunque es un momento en el que la sensibilidad ecologista crece, se atenúa la preocupación por la contradicción entre el crecimiento económico y los límites físicos del planeta. El abaratamiento de las materias primas, la fe en una tecnociencia que supuestamente iba a permitir avanzar hacia una economía del crecimiento que cada vez requiriese menos materiales y un fuerte aparato de propaganda que calificaba de catastrofistas y apocalípticas las cautelas anteriores, revitalizaban la fe en el crecimiento económico, y nombraban este crecimiento como desarrollo, acompañado de diversos calificativos (sostenible, humano, justo, etc.) (Naredo, 2006).

A partir de ese momento fueron minoritarias las voces que siguieron alertando de los riesgos que comportaba ignorar los deterioros que inevitablemente acompañaban a la producción y al crecimiento desbocado, y se asentó el convencimiento de que era posible alcanzar un crecimiento sostenible de la economía, basado, sobre todo, en las tecnologías verdes.

Salvo valiosas excepciones, la comunidad científica, las administraciones o incluso parte de las organizaciones ambientalistas-ecologistas se fueron olvidando de las preocupaciones que hicieron nacer la conciencia ecologista obviando las raíces económicas del deterioro ambiental. Se empeñaron en tratar de alcanzar un “desarrollo respetuoso con el medio ambiente y compatible con el crecimiento de la economía” que, articulado a través de los instrumentos de mercado de la economía convencional, confiaba en las aportaciones que la tecnología podía realizar en términos de ecoeficiencia. Indudablemente, en los países del Centro se consiguieron grandes avances en legislación medioambiental que, en muchos casos mejoraron la calidad del aire o a protección de las personas antes los riesgos químicos, pero estos avances se realizaron a

costa de externalizar los efectos nocivos a otros territorios de la Periferia, tal y como reflejan los trabajos de la economía ecológica (Martínez Alier 2004; Carpintero, 2005; Naredo, 2006).

Muchas organizaciones ecologistas asumieron la idea de era posible compatibilizar el crecimiento económico con la conservación de los ecosistemas y las luchas por la preservación de la naturaleza y de las especies se desvinculó, en buena medida de la denuncia y exigencia del cambio hacia un modelo social y económico que fuese justo y sostenible. Aquella parte del movimiento ecologista, el ecologismo social, que continuó centrada en señalar la incompatibilidad del crecimiento económico basado en la extracción creciente de materiales y la generación de residuos con la conservación de la naturaleza y la justicia, fue incorporada dentro del saco de los movimientos tildados como radicales y antisistema.

Durante las últimas décadas hemos visto avances en la inclusión de temas ecologistas en las agendas políticas: las energías renovables, la gestión del agua, la preocupación por la polución, la aparición de figuras de protección de los espacios naturales, la creación de leyes e instrumentos jurídicos para la defensa del medio ambiente, etc. Sin embargo, los grandes problemas ambientales han ido a peor. Los desórdenes de los mecanismos de autorregulación del clima, el agotamiento de recursos naturales, el crecimiento de los residuos, la desertificación, la pérdida de biodiversidad y la alteración de los servicios ecosistémicos, etc.

Es evidente que el aumento de especialistas, publicaciones, departamentos, fundaciones, instrumentos económicos de la economía ambiental, o el marketing verde no han conseguido desviar el camino hacia el colapso. Todos los indicadores que dan cuenta del deterioro global muestran cómo la situación empeora. La extracción de recursos y la emisión de residuos *per capita* siguen aumentando a escala planetaria abocando a la humanidad a un horizonte de destrucción cada vez más cercano.

En efecto, más de 30 años después, una revisión del informe Meadows (2004) mostraba que, lejos de frenarse la tendencia, se ha acelerado. La

humanidad ya no se encuentra en riesgo de superar los límites de la biosfera, sino que ha llegado a una situación de translimitación (García, 2006).

*La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio* (Reid et al., 2005), un trabajo impulsado por la ONU, apoyaba estas afirmaciones. Después de analizar el estado de los ecosistemas planetarios concluye que las dos terceras partes de los servicios que prestan los ecosistemas están ya alterados. De seguir por el mismo camino, dentro de apenas unas décadas podría ser completamente imposible atender y resolver los problemas de pobreza en el mundo.

*El Informe Sobre la Situación del Mundo 2013*, elaborado por el Worldwatch Institute (2013) se pregunta si aún es posible lograr la sostenibilidad después de analizar cómo a pesar de las innumerables cumbres, la ingente cantidad de congresos, seminarios y eventos, las emisiones de gases de efecto invernadero aumentan, crecen las emisiones de tóxicos y químicos, se han incrementado los fenómenos climáticos extremos fruto del calentamiento global, los océanos se han acidificado, aumentan las guerras por los recursos naturales, disminuyen las reservas pesqueras, aumentan los precios de los cereales y materias primas...

Es obvio que la ecoeficiencia no ha permitido disminuir la presión sobre el medio físico, ya que los ahorros obtenidos han sido anulados por el aumento de la escala de la fabricación y consumo. La desmaterialización de la economía, hoy por hoy, es una falacia (Carpintero, 2005) y el incremento del Producto Interior Bruto continúa acoplado con el aumento del uso de materiales y energía y la generación de residuos. Se demuestra así que la sostenibilidad no es sólo un asunto tecnológico, aunque la tecnología pueda ser necesaria para salir de la situación. Nos encontramos ante un grave problema sistémico que requiere cambios políticos, sociales, económicos y éticos.

### **Mayores dificultades en el momento actual**

En la actualidad una buena parte del mundo rico afronta una crisis

económica y social y sufre unos ajustes estructurales similares a los que los países de la Periferia han venido soportando desde hace décadas.

La precariedad y la vulnerabilidad social hacen mucho más difícil que las personas sean conscientes, se preocupen o se muevan ante el más que previsible colapso ambiental. Con una tasa de desempleo desbocada es más difícil ayudar a comprender que inevitablemente tendremos aprender a vivir con menos materiales y energía si queremos transitar sociedades justas y compatibles con el funcionamiento de lo vivo. Durante muchos años fuimos tildados de cavernícolas y alejados de la sociedad al plantear que hacían falta menos carreteras y coches, que era necesario disminuir el consumo de energía y la generación de residuos, que los viajes en avión debían espaciarse lo más posible, que debíamos apostar por una dieta más vegetariana, o comer alimentos producidos cerca y de temporada. Si en época de vacas gordas estos planteamientos parecían estar fuera de toda lógica, con la crisis económica la preocupación por los temas del ecologismo pasa a ocupar los últimos lugares de la agenda política.

Y sin embargo, para salir de esta crisis global resulta más urgente que nunca comprender que el medio ambiente no es una parte de la economía sino que, muy al contrario, es sistema económico se encuentra inserto dentro de la Biosfera; visibilizar que el aumento del PIB sigue directamente acoplado al uso creciente de materiales y energía que ya se encuentran en declive; que las soluciones tecnológicas a menudo no sirven para resolver los problemas que ellas mismas han causado; que el dinero no sustituye al capital natural; que los procesos económicos no están al margen de las leyes de la termodinámica; que no existe una salida real y justa a la crisis global que no pase por la sostenibilidad.

El reto del movimiento ecologista es múltiple. En primer lugar debe ayudar a visibilizar que muchos de los mitos que sostienen nuestra cultura se basan en ficciones que denominan desarrollo y progreso al deterioro social y ambiental y alimentan una creencia peligrosa: la de que cada ser humano es autónomo, tanto de la naturaleza como del resto de las personas. Descubrir el andamiaje cultural que sostiene estas visiones es importante para poder diseñar las transiciones hacia otras formas de vida. Impulsar una revisión de los esquemas mentales con los que

comprendemos y actuamos en el mundo es tarea fundamental para el movimiento ecologista (Herrero, 2013).

En segundo lugar, debe resistir y luchar contra proyectos, leyes o acuerdos que se desarrollan en contra de los ecosistemas y de las personas. En concreto, en el estado español existen decenas de frentes abiertos: desde la especulación urbanística y su tsunami de cemento (Fernández Durán, 2008) que ha dado lugar a la actual crisis económica, la lucha antinuclear, la resistencia contra los transgénicos, la oposición a los proyectos de fracking, la resistencia a la destrucción del litoral y del mar, la expansión de regadíos ilegales, la lucha contra las grandes infraestructuras y los macroproyectos –tan ligadas a la corrupción– la defensa de las especies en peligro, la moratoria a las energías renovables, la lucha contra la pobreza energética y contra el riesgo químico...

En tercer lugar, el movimiento ecologista tiene que participar activamente en la generación de alternativas y contribuir, con otros movimientos político-sociales, a construir mayorías sociales que *deseen* estos cambios. Esta construcción de mayorías enlaza con el primero de los retos, el del cambio de los imaginarios.

Y en cuarto lugar, el cambio es urgente. Algunos de los elementos de la crisis ecológica serán irreversibles si no se consiguen cambios significativos en los próximos años.

Teniendo en cuenta el profundo y acelerado cambio climático, el agotamiento de la energía fósil barata y de muchos minerales que sostienen el metabolismo económico y los estilos de vida, tal y como los conocemos; siendo conscientes de la huella ecológica global creciente y desigual; sabiendo del declive del agua dulce y la alteración de los ciclos naturales, especialmente el del carbono y el nitrógeno; experimentando la profundización en las desigualdades sociales, la desresponsabilización del estado y la sociedad del cuidado de las personas; asistiendo al intento de incremento del control sobre el cuerpo de las mujeres, al aumento de la represión y el auge de los fascismos... parece ingenuo pensar en que se pueda salir de este atolladero a partir de meras reformas puntuales, por más que incluso las medidas más tibias y reformistas puedan parecer radicales ante esta ofensiva neoliberal (Herrero, 2013).

Repensar la economía desde una perspectiva ecologista implica volver a las preguntas básicas: ¿Qué papel ocupa nuestra especie en la Biosfera? ¿Cómo se sostiene la vida humana? ¿Cuáles son nuestras necesidades? ¿Cómo podemos producirlo para todos y todas? ¿Cómo nos organizamos para hacerlo?

En las páginas que siguen vamos a tratar de esbozar la naturaleza de algunos de estos retos que ya han sido esbozados en otros trabajos (Herrero et al., 2011; Herrero, 2012).

---

## **2. Somos ecodependientes e interdependientes**

---

Los seres humanos somos una especie de las muchas que habitan este planeta y, como todas ellas, obtenemos lo que necesitamos para estar vivos de la naturaleza: alimento, agua, cobijo, energía, minerales... Por ello, decimos que somos seres radicalmente ecodependientes. En realidad somos naturaleza.

Sin embargo, las sociedades occidentales son prácticamente las únicas que establecen una ruptura radical entre naturaleza y cultura; son las únicas que elevan una pared entre las personas y el resto del mundo vivo (Riechmann, 2009). Concebir lo humano como opuesto y superior a la naturaleza impide comprender las relaciones de dependencia y aboca a destruir o alterar de forma significativa la dinámica que regula y regenera lo vivo, en una tendencia absolutamente suicida. La denuncia de esta visión antropocéntrica es uno de los elementos constituyentes del movimiento ecologista.

El imaginario colectivo está profundamente penetrado por la lógica de

la dominación sobre la naturaleza. Sumida en un preocupante analfabetismo ecológico, una buena parte de la sociedad y muchas de sus instituciones continúan ignorando la complejidad y autoorganización de los sistemas vivos.

La mayor parte de la ciudadanía no se *siente* ecodependiente y considera que la ciencia y la técnica serán capaces de resolver todos los deterioros que ellas mismas crean. De forma mayoritaria se profesa un optimismo tecnológico que hace creer, acríticamente, que algo se inventará para sustituir los materiales y recursos energéticos que son velozmente degradados en el metabolismo económico, o para reestablecer la biocapacidad del planeta, actualmente ya superada.

Pero además, somos seres profundamente interdependientes. Desde el nacimiento hasta la muerte, las personas dependemos física y emocionalmente del tiempo que otras personas nos dan. Somos seres encarnados en cuerpos que enferman y envejecen. Durante toda la vida, pero sobre todo en algunos momentos del ciclo vital, las personas no podríamos sobrevivir si no fuese porque otras —mayoritariamente mujeres debido a la división sexual del trabajo que impone el patriarcado— dedican tiempo y energía a cuidar de nuestros cuerpos. La invisibilidad de la interdependencia, la desvalorización de la centralidad antropológica de los vínculos y las relaciones entre las personas y la subordinación de las emociones a la razón son rasgos esenciales de las sociedades patriarcales (Hernando 2012).

Y si no miramos la vejez, la enfermedad o la muerte, no podemos ver la centralidad del trabajo de quienes se ocupan del mantenimiento y cuidado de los cuerpos vulnerables. Y si no lo vemos, seguiremos apostando por sociedades en las que cada vez es más difícil reproducir y mantener la vida humana, porque el bienestar de las personas con sus cuerpos no es la prioridad (Carrasco, 2009a).

---

### **3. Somos en un mundo con límites... ya superados**

---

La dependencia ecológica nos sume de lleno en el problema de los límites. Vivimos en un mundo que tiene límites ecológicos. Aquello que es no renovable, como los minerales o la energía fósil tiene su límite en la cantidad disponible, y aquello que se renueva, como el agua, por ejemplo, también tiene límites ligados a la velocidad de regeneración.

Existen nueve límites planetarios en los procesos biofísicos que son fundamentales para garantizar la continuidad de los procesos de la naturaleza. Estos nueve límites, interdependientes entre ellos, dibujan un marco dentro del cual la humanidad puede desenvolverse con cierta seguridad (Rockström et al., 2009). Sobrepasarlos nos sitúa en un entorno de incertidumbre a partir del cual se pueden producir cambios a gran escala y velocidad que conduzcan a la emergencia de otras condiciones naturales menos favorables para la especie humana.

Estos límites hacen referencia al cambio climático, el ritmo de extinción de la biodiversidad, a los ciclos del nitrógeno y el fósforo, el agotamiento del ozono estratosférico, la acidificación de los océanos, la utilización de agua dulce, los cambios de uso de suelo, la contaminación atmosférica por aerosoles y la contaminación química (plásticos, metales pesados, alteradores hormonales, residuos radiactivos, etc.).

De estos nueve límites, los cuatro primeros ya están sobrepasados (Rockström et al., 2009). El metabolismo económico actual no se apoya sobre la riqueza que la naturaleza es capaz de regenerar, sino que menoscaba los bienes de fondo que permiten esa regeneración.

Conviene no olvidar que nuestra especie está adaptada a esta composición de la atmósfera, a esta temperatura media y que no hemos brotado como una seta en el planeta tierra, sino que como especie hemos

co-evolucionado con una gran cantidad de especies vegetales, animales o microorganismos. Una biodiversidad que constituye un verdadero “seguro de vida para la vida” (Riechmann, 2005).

## **El pico del petróleo**

Desde un punto de vista mucho más mecanicista, nos encontramos con los límites ya inevitables que imponen el declive de la energía fósil barata y el de muchos minerales imprescindibles para sostener las sociedades basadas en una enorme movilidad de personas y materiales.

La propia Agencia Internacional de la Energía ha manifestado que el pico del petróleo —ese momento en el que por cada barril de petróleo que se extrae no se encuentran reservas para sustituirlo— se alcanzó en 2006. Una vez alcanzado este pico, la obtención de petróleo comenzaría a declinar.

Las energías renovables y limpias pueden satisfacer las necesidades humanas pero no a la escala de las exigencias de un modelo de producción, distribución consumo, sumamente energívoro, que además pretende continuar creciendo (Fernández Durán, 2008).

La economía capitalista ha crecido a expensas de la energía barata y aparentemente inagotable que proporcionaba el petróleo (Naredo, 2006: 47). Éste ha servido para mover máquinas e impulsar vehículos de automoción, para producir electricidad. El petróleo es imprescindible en la agricultura intensiva y en la producción de insumos agrícolas, lo es también en la fabricación de ropas, casas, muebles, carreteras, envases... Las grandes urbes son inviables sin energía abundante y barata. Vivimos en un mundo construido con petróleo y su agotamiento, queramos o no modificará todo el modelo de vida.

La idea de progreso se relaciona, en muchas ocasiones, con la superación de aquello que se percibe como un límite. La dominación sobre la propia vida de la que formamos parte toma cuerpo en la obsesión por eliminar los obstáculos que impidan la realización de cualquier deseo. La modificación de lo que viene dado por la naturaleza ha sido vivida

como un muestra de progreso (Alba Rico y Fernández Liria, 2012). En la cara oculta de la superación de los límites se sitúa la destrucción, agotamiento o deterioro de aquello que necesitamos para vivir.

---

## **4. Una mitología que esconde el colapso ecológico**

---

A la vez que el movimiento ecologista intenta influir en el plano político y socioeconómico para transitar a un mundo justo y sostenible, también resulta fundamental analizar y comprender sobre qué piso se sostiene nuestra cultura, cuáles son los dogmas y mitos a través de los que interpretamos y actuamos en todo lo que nos rodea para intentar influir en los imaginarios que los sostienen. Por ello, un empeño fundamental en el trabajo ecologista es la deconstrucción de lo imaginarios con los que comprendemos el mundo y actuamos en él.

Conviene desvelar algunas de sus ficciones para recomponer un conocimiento que permita reorientar la economía y la sociedad y nos permita comprender la subjetividad que se ha construido fruto de esa cultura. En este trabajo de revisión, las perspectivas que ofrecen algunas visiones heterodoxas de la economía crítica, como son la economía ecológica y la economía feminista, realizan una aportación muy relevante. Tal y como hemos sostenido en otros trabajos, se enumeran a continuación algunas de las creencias que sostienen esta visión distorsionada (Herrero, 2013).

**Primer mito del fundamentalismo económico: la producción puede**

## **desvincularse de la vida**

La economía capitalista reduce el concepto de valor al de precio, desplazándose el peso desde el valor de uso y la satisfacción de necesidades al valor de cambio y la generación de beneficios.

Esta reducción hace desaparecer del campo de análisis económico todo aquello que no se cambia por dinero. La mayor parte de lo que sostiene materialmente la vida humana desaparece de la economía, aunque siga siendo imprescindible para mantener la vida. La reducción del campo del valor a lo exclusivamente monetario expulsa del campo de estudio económico la complejidad de la regeneración natural y todos los trabajos humanos que no formaban parte de la esfera mercantil, que pasan a ser invisibles (Naredo, 2006; Carrasco, 2009a).

La producción pasa a ser cualquier proceso en el que se produce un aumento de valor, medido en términos monetarios. Cuando la producción se mide exclusivamente en euros, la economía y la sociedad dejan de preguntarse por la naturaleza de lo que se produce, por las necesidades que satisface y se pierde la capacidad de discriminar entre aquellas producciones necesarias para sostener la vida humana y aquellas otras “producciones” que destruyen la posibilidad de mantenerla.

Para construir una economía adecuada a los seres humanos, la producción tiene que ser una categoría ligada al mantenimiento de la vida y al bienestar de las personas (Pérez Orozco, 2006a; 2006b) y además debe ser compatible con la vocación de los territorios y los ritmos de la naturaleza (Naredo, 2006). Hay producciones que son socialmente necesarias y otras socialmente indeseables, por más duro que resulte decirlo en un momento en el que el desempleo está disparado. Distinguir entre ambas es imprescindible y los indicadores monetarios al uso no lo permiten.

## **Segundo mito del fundamentalismo económico: tierra y trabajo sustituibles por capital**

La teoría económica neoclásica postula que tierra y trabajo son siempre sustituibles por capital. Pero para producir cualquier cosa hace falta trabajo humano, tierra, minerales, energía y la capacidad de regeneración de los ciclos naturales. Si estos recursos no existen en el lugar en el que se pretende producir, habrá que traerlos de otros lugares.

¿Son sustituibles, entonces, la tierra y trabajo por el dinero? Mientras haya otras tierras a las que comprar a bajo precio la energía, los materiales y la mano de obra puede que sí pero, según la humanidad se va ampliando la intervención humana en el planeta, cada vez quedan menos lugares para seguir expoliando. Los insalvables límites físicos muestran cómo, una vez esquilados los stocks de materiales y alterados irreversiblemente los procesos naturales, por más que se pague no se puede regenerar lo destruido.

Una vez superados los límites del planeta, la reducción del tamaño de la esfera material de la economía global no es discutible. La llamada pobreza energética que comienza a aflorar también en los países enriquecidos evidencia la injusticia de mantener un esquema desigual en el acceso a la energía. Ante el declive y encarecimiento de la energía fósil – en buena medida sujeta a procesos especulativos– el ecologismo social, que apuesta por la existencia de sociedades justas e igualitarias, defiende que el esfuerzo de austeridad material deberá ser realizado mayoritariamente por los territorios, y dentro de ellos las personas, que sobreconsumen por encima de lo que permiten sus propios territorios.

### **Tercer mito del fundamentalismo económico: producir más es siempre mejor**

Cuando se reduce el valor de un bien o un proceso al valor monetario que se le otorga, la única dimensión que crea valor en el mercado es su precio.

El precio de un determinado producto no incorpora la inevitable generación de residuos que acompaña a cualquier proceso de

transformación, ni tampoco el agotamiento de recursos finitos, ni la explotación de trabajadores y trabajadoras... La economía convencional no tiene apenas herramientas para poder medir ese deterioro y celebra cualquier tipo de producción que genera beneficio económico, aunque por el camino se destruya el presente y el futuro de sociedades y ecosistemas.

Así, ignorando las externalidades negativas, es como se ha llegado a construir el dogma intocable de la economía convencional: el que defiende que cualquier crecimiento económico, independientemente de la naturaleza de la actividad que lo sostiene, es positivo en sí mismo, constituyendo la única forma de garantizar el bienestar social.

La necesidad de que la economía crezca sirve de justificación lo mismo para arrebatar derechos laborales, que para destruir el territorio, para eliminar servicios públicos o para reformar el código penal... Y las personas lo tenemos tan incorporado en nuestros esquemas racionales que apenas se escuchan voces críticas que denuncien la falacia y el riesgo de perseguir el crecimiento económico como un fin en sí mismo, sin preguntarse a costa de qué, para satisfacer qué y quién se apropia los beneficios de ese crecimiento.

#### **Cuarto mito del fundamentalismo económico: trabajo es sólo lo que se hace a cambio del salario**

Con el nacimiento de la industria y el proceso de desposesión del campesinado nació el proletariado, una gran masa de personas sin medios de producción que para subsistir se vieron obligados a vender su fuerza de trabajo a los dueños de esos medios de producción. El trabajo pasó a ser concebido como aquello que se hacía en la esfera mercantil a cambio de un salario, y todas aquellas funciones que se realizaban en el espacio de producción doméstica que garantizaban la reproducción y cuidado de los cuerpos humanos pasaron a no ser nombradas, aunque obviamente seguían siendo imprescindibles tanto para la supervivencia como para fabricar esa “nueva mercancía” que era la mano de obra (Carrasco, 2009a).

De un plumazo se ocultaba una parte de la existencia que no tenía reflejo en el mundo monetario y que se subordinaba a las lógicas y exigencias de una economía hipertrofiada. La nueva economía transformó el trabajo y la tierra en mercancías y comenzaron a ser tratados como si hubiesen sido producidos para ser vendidos.

La nueva noción del trabajo exigió hacer el cuerpo apropiado para la regularidad y automatismo exigido por la disciplina del trabajo capitalista (Federeci 2010), el cuerpo se convierte en una maquinaria de trabajo. Y su regeneración y reproducción no es responsabilidad de la economía que se desentiende de ellas, relegándolas al espacio doméstico. Allí, las mujeres se ven obligadas a asumir esas funciones desvalorizadas socialmente a pesar de que sean tan imprescindibles tanto para la supervivencia digna como para el propio mantenimiento de la producción capitalista (Carrasco, 2009a).

Paradójicamente, es el espacio mercantil, en el que la solidaridad y el cuidado de la vida están suspendidos, el que organiza el tiempo y el territorio. Tiempo y territorio no son más que naturaleza y vida humana que, bajo esta lógica pasan a estar organizadas en torno a los beneficios. Y, además, es este espacio mercantil, en el que la moral está suspendida, el que puede otorgar derechos económicos y sociales. Es la participación en este espacio el que permite autonomía económica y protección social.

---

## **5. Hacia una nueva racionalidad ecológica y antipatriarcal: aprender a vivir con menos**

---

El movimiento ecologista se rebela contra la idea repetida hasta la náusea de que fuera de la lógica capitalista no hay alternativa.

No pretendemos caer en la ingenuidad de sostener que la transición hacia otro modelo compatible con los límites del planeta se vaya a poder realizar sin conflicto o que existan hojas de ruta claras sobre lo que habría que hacer.

El ecologismo es consciente de que las propuestas existentes probablemente son incompletas e inmaduras, seguramente no serán perfectamente coherentes unas con otras, y presentarán dificultades no imaginadas para poder ser materializadas pero, sin duda, constituyen un punto de partida para la reflexión.

Ramón Fernández Durán solía plantear que, para él, una sociedad que mereciese la pena tendría que ser socialista, ecológica, antipatriarcal y alegre. Nosotras coincidimos con él y creemos que el camino hacia esta utopía impone una serie de condicionantes irrenunciables que obligan a trastocar los mitos y ficciones a los que nos hemos referido anteriormente sobre los que se construye el relato cultural de nuestras sociedades.

El primero de estos condicionantes tiene que ver con el *inevitable decrecimiento de la esfera material de la economía*. No es tanto un principio que se pueda o no compartir; es más bien un dato de partida. Se decrecerá materialmente por las buenas –es decir de forma planificada y justa– o por las malas –por la vía de que cada vez menos personas, las que tienen poder económico y/o militar sigan sosteniendo su estilo de vida a costa de que cada vez más gente no pueda acceder a los mínimos materiales de existencia digna. Si asumimos el inevitable ajuste a los límites del planeta, es obvia la obligación de asumir que las sociedades ecológicas forzosamente tendrán que ser más austeras en el uso de materiales y generación de residuos, se deberán basar en las energías renovables y limpias, se articularán en la cercanía, cerrarán los ciclos, conservar la diversidad y tendrán que ser mucho, mucho más lentas (Riechmann, 2005).

*El segundo condicionante tiene que ver con la interdependencia*. Habitualmente el concepto de dependencia se suele asociar a la crianza, a la atención de personas enfermas o con alguna diversidad funcional. Sin

embargo, la dependencia no es algo específico de determinados grupos de población, sino que como expone Carrasco “es la representación de nuestra vulnerabilidad; es algo inherente a la condición humana, como el nacimiento y la muerte” (Carrasco, 2009a: 178). Por tanto, es una característica universal: todos y todas somos dependientes y necesitamos cuidados.

Aceptar la interdependencia, condición para la existencia de humanidad, en sociedades no patriarcales supone que la sociedad en su conjunto se tiene que hacer responsable del bienestar y de la reproducción social.

Ello obliga a cambiar la noción de trabajo, que deberá ser una actividad humana básica e imprescindible, que cree riqueza real capaz de satisfacer necesidades humanas de forma equitativa y sostenible; el trabajo supondrá relacionarse con la naturaleza y con el resto de las personas y conseguir medios para poder vivir dignamente y, por ello, no estará falsamente escindido del resto de la vida (Bosch et al., 2005).

*Una tercera condición es el reparto de la riqueza.* En un planeta físicamente limitado, en el que un crecimiento económico ilimitado no es posible, la justicia se relaciona directamente con la distribución y reparto de la riqueza.

Rentas mínimas, rentas máximas, una fiscalidad progresiva, poner límites a la propiedad ligada a la acumulación... La política económica ha desarrollado múltiples instrumentos para repartir la riqueza (tierra, trabajo y capital) que están absolutamente vigentes en el momento actual. Será obligado la legitimidad de la propiedad ligada a la acumulación. Cómo desarrollar una buena vida con menos materiales y energía, de forma que este bienestar sea universalizable a todas las personas, es núcleo central de la preocupación ecologista. Romper los vínculos simbólicos que hoy identifican la sociedad de consumo con la calidad de vida es una premisa inaplazable.

El movimiento ecologista, junto con otros movimientos sociales y corrientes de pensamiento, se encuentra involucrado en la generación de propuesta que pueda ayudar en las transiciones.

## **Cambiar el modelo de producción**

Para convertir a la producción en una categoría ligada al mantenimiento de la vida, es preciso repensar qué se produce, cómo y cuánto se produce.

Los ejes del nuevo modelo productivo deberán basarse en la utilización de fuentes de energía renovable, en el cierre de los ciclos de materiales, en el mantenimiento de la biodiversidad, en creación de canales cortos de comercialización y relocalización de la producción y en la aplicación del principio de precaución.

La reconversión obligaría, tal y como señalan Carpintero y Bellver (2013) a actuar en el terreno de la ordenación del territorio, en la reconversión del sector de la construcción, en la formulación de políticas integradas de gestión de recursos como el agua y la energía, en el establecimiento de políticas coherentes de gestión de residuos, en la reconversión de la agricultura y modelo alimentario, en una reconversión industrial que aplique los principios de la industria limpia, en el fomento de empleos en el ámbito de la economía social, solidaria y sostenible, en la transformación del sistema financiero y en el establecimiento de una política fiscal alternativa orientada con criterios ecológicos y sociales.

No sólo basta saber qué y cómo producir. Es preciso también fijarse en cuánto es posible producir. En este sentido, es importante introducir *políticas de gestión de la demanda*, encaminadas a reducir el consumo en focos y sectores sociales que sobreconsumen, de forma que se logre una reducción neta de la cantidad de materiales y residuos que, hoy, pone en juego el metabolismo económico. La reorganización de la sociedad asumiendo estas políticas, obliga a abrir un debate social sobre las necesidades, sobre las producciones necesarias para satisfacerlas y sobre los trabajos socialmente necesarios para lograr esas producciones.

Además, es preciso reformar los sistemas de contabilidad nacional, de modo que se incorporen estadísticas y análisis basadas en indicadores que den cuenta del territorio y del tiempo de las personas. La economía ecológica ha trabajado en la propuesta de indicadores que tienen que ver

con la dimensión biogeofísica y desde la economía feminista se ha incidido de una forma acentuada sobre la organización del tiempo.

El movimiento ecologista ha trabajado mucho en la elaboración de propuestas que pueden servir de base para las transiciones socioecológicas. No es objeto de este trabajo realizar una compilación de proyectos, estudios y experiencias que evidencian que es posible afrontar de forma alternativa muchas de las dimensiones de la crisis actual [1]. Pero la mayor parte de los ámbitos de actuación señalados anteriormente existen líneas de trabajo abiertas que podrían servir para reorganizar la economía y la sociedad de otro modo.

En concreto, en el estado español se han desarrollado modelos alternativos para afrontar las transiciones socioecológicas [2] en ámbitos diversos como el energético, el del transporte, la agricultura, la edificación, el urbanismo, la pesquería...

Existen propuestas sobre cómo reconfigurar el sistema fiscal y repartir la riqueza o sobre cómo reorientar los subsidios que destruyen la biodiversidad [3]. Hay pensamiento elaborado sobre la banca y las finanzas o el desarrollo de los sectores y trabajos socialmente necesarios.

### **Participar y alentar la creación en las experiencias alternativas**

Durante los últimos años han proliferado múltiples experiencias que intentan ensayar modos alternativos de producir, cuidar o distribuir, de gestionar la propiedad, de financiar proyectos y a colectivos...

Las personas organizadas en cooperativas de consumo agroecológico en todo el estado se cuentan por miles; existen cooperativas de servicios financieros como Coop 57 o Fiare, que ya cuentan con más de 15 años de vida y con unas cantidades de dinero prestado nada despreciables; existen redes de cuidados compartidos que resuelven necesidades de atención a niños y niñas; residencias de mayores autogestionadas basadas en el apoyo mutuo; proyectos de cooperativas integrales y mercado social: medios de comunicación alternativos; cooperativas de servicios energéticos basados en las renovables como Som Energia o Ecoo.

Estas experiencias son laboratorios sociales, a la vez que satisfacen las necesidades concretas de quienes participan en ellas. Alentar estos proyectos, aunque sean pequeños y no supongan una alternativa global, es muy importante porque además preparan a las personas y colectivos para disputar el poder en todos los ámbitos. La participación del ecologismo social en todas estas iniciativas es intensa y constituye también una importante línea de trabajo.

---

## **6. Cómo construir una nueva racionalidad que coloque la vida en el centro de la reflexión y de la experiencia**

---

Recuperar las percepciones de ecodependencia e interdependencia como señas de identidad de lo humano y desplazar los ídolos del crecimiento económico y del progreso ligado al crecimiento son tareas tan pendientes como urgentes para conseguir un vuelco en la hegemonía cultural que ha conquistado el capitalismo.

El difícil reto es conseguir que las personas deseen esta transición, quieran esos cambios. No hay atajos y el trabajo colectivo en instituciones, redes y organizaciones ciudadanas de todo tipo es imprescindible. Se trata de una tarea de pedagogía popular a realizar casi puerta a puerta. Para poder cambiar, necesitamos desvelar los mitos y ficciones y componer otro relato cultural más armónico con la consistencia humana.

Resituar a los seres humanos en términos ecológicos y en cuanto a las relaciones de reciprocidad y apoyo mutuo, base de su éxito evolutivo,

requiere acometer una importante tarea educativa.

Quien ha crecido en una gran ciudad y vive rodeado de cemento no tiene nada fácil ser consciente de la ecodependencia. Sin embargo la conciencia de ser seres vivos y vulnerables es uno de los primeros pasos para repensar el mundo en clave ecológica.

La alfabetización ecológica es un asunto crucial. Nos referimos aquí a entender, valorar y querer las diferentes formas de vida y reconocernos como partes de una red formada por el tierra, agua, plantas y aire. Es preciso reconocer que el sol es el motor que moviliza toda la dinámica natural y que es el origen de toda la energía que utilizamos. Es importante comprender que la fotosíntesis es la tecnología que sostiene la vida; qué en gran medida somos agua y cuál es el papel del agua en la creación de comunidades humanas, en la geopolítica o en la economía; conocer las consecuencias de la producción industrial de alimentos (en la insalubridad de los alimentos; en el empobrecimiento y envenenamiento de los suelos; en el desecamiento de acuíferos; en el coste energético y la dependencia del petróleo; en la dependencia de los agricultores de los suministros de semillas, abonos y pesticidas...).

Colocar la vida en el centro de la experiencia es también ser consciente del nacimiento, el crecimiento o la muerte; es aprender el respeto a los animales no humanos y reconocernos parecidos y diferentes a estos compañeros de viaje; es desentrañar las relaciones complejas y dinámicas de los ecosistemas que no funcionan como mecanos.

Colocar la vida en el centro significa comprender el valor de la cooperación y del apoyo mutuo. La interdependencia es una experiencia práctica esencial para la valoración de la vida y para la reconstrucción de las sociedades. Visibilizar y dar valor al trabajo de cuidados y exigir la reorganización y el reparto equitativo de este trabajo son señas irrenunciables en sociedades que quieran situar el bienestar como objetivo del metabolismo social.

Trabajar la centralidad de la vida tiene por objeto suavizar del fuerte antropocentrismo de nuestra cultura y asomarnos a una *democracia de la Tierra* (Shiva, 2006) que sea capaz de integrar la condición de ser eco e interdependientes con sociedades justas.

Se trata de “renaturalizar” a los seres humanos, ajustando la organización política, relacional, doméstica y económica a las condiciones de la vida, que vienen dadas por el hecho de formar parte de la comunidad biótica. Una “renaturalización” que es al tiempo “reculturización” (construcción de una nueva cultura) que convierte en visible la ecoddependencia e interdependencia para mujeres y hombres (Herrero et al., 2011).

### **Retos para el movimiento ecologista**

Si partimos de la hipótesis de que, aunque incompletas, disponemos de ciertas propuestas y directrices para comenzar a ensayar transiciones socioecológicas hacia otro modelo de economía y organización social, nos enfrentamos a un problema para el que, sin embargo, nos encontramos en una situación de inmadurez preocupante. Nos encontramos ante una situación de enorme debilidad en la respuesta social. Existe una enorme grieta entre la dureza de la ofensiva neoliberal y la creciente, pero aún embrionaria, movilización social.

Existe a nuestro juicio, un enorme desnivel entre la brutalidad de los ajustes que vivimos y la capacidad para hacerles frente. Hoy nos falta poder político construido desde abajo para forzar las transiciones.

En este camino no existen atajos posibles. Sólo vale la construcción colectiva, la escucha, el debate, la deliberación, la suma y la participación activa.

Los seres humanos a lo largo de decenas de miles de años han sido capaces de organizar complejos modos de supervivencia y de organización social. La organización colectiva ha creado y crea posibilidades nuevas de intervenir en el mundo y ejercer el poder. Un poder del que muchos grupos humanos han sido expropiados. Un trabajo socialmente necesario hoy es retejer esa malla comunitaria.

Reconstruir la sociedad también requiere alentar la diversidad entre las personas. En un momento en el que es importante sumar mayorías y construir poder colectivo es fundamental interiorizar las ventajas de la

diversidad. En un colectivo que busca y valora la heterogeneidad nadie se siente fuera, ni es menos que el resto, cada cual encuentra el lugar donde es capaz de recibir y aportar. Por otro lado, para poder sumar mayorías e intentar convencer es necesario compartir espacios con las personas no convencidas.

Con cierta frecuencia, los movimientos sociales rechazan participar en espacios en los que deben convivir con organizaciones o personas que no comparten la necesidad de un cambio de modelo y creen que meras reformas puntuales servirán para salir del paso. No se nos ocurre ninguna forma de conseguir abrir un debate que permita ampliar los entornos de personas ya convencidas que no pase por ocupar nuevos espacios.

Son necesarios los cambios por arriba y por abajo y debemos ser conscientes de las falsas dicotomías que también pueblan el panorama de los movimientos político-sociales. En nuestra opinión la autoorganización no se contrapone con la representación. Los proyectos locales y autogestionados firmemente anclados en los territorios, son vulnerables si no se actúa también en la escalas macro. También es cierto, que las transformaciones en el ámbito institucional, sin “pueblo” que las defienda y presione para conseguirlas son poco probables. En ocasiones, dentro del movimiento ecologista se establecen estas dicotomías y, o se minusvaloran las experiencias alternativas porque no suponen una solución global, o se desprecian los cambios en las instituciones. Nos encontramos en un momento de emergencia en el que, a nuestro juicio todo es necesario.

Los entornos precarios y vulnerables en los que se ha perdido el tejido asociativo y no abundan las redes familiares y sociales son caldo de cultivo para la emergencia de brotes fascistas. La única forma de vacunarse contra el fascismo es la solidaridad. Por ello, en nuestra opinión hay que aprender de movimientos como la Plataforma de Afectados por las Hipotecas, un movimiento de base que sabe conjugar las propuestas y exigencias de cambio en los marcos normativos, la denuncia contundente y el apoyo a las personas con nombre y apellidos durante los desahucios. Es un movimiento que encarna bien lo que es feminismo ha defendido con fuerza: la idea de que lo personal es también político.

Es una forma de superar la dualidad de la política de las categorías abstractas y la de la experiencia cotidiana. El movimiento ecologista en muchas ocasiones tiene dificultad para conectar con las preocupaciones de las personas. En sociedades tan antropocéntricas como las nuestras es importante trabajar para actuar como “estructuras de mediación entre la naturaleza y las personas”. El concepto de pobreza energética, por ejemplo, permite ligar una preocupación material de las personas, con la crisis energética y, por tanto con la cuestión de los límites. Los fenómenos climáticos extremos pueden ayudar a visibilizar algo complejo de percibir como es la alteración de los mecanismos de regulación del clima. El deterioro de la salud debido a la contaminación del aire puede ayudar a comprender el disparate de la movilidad excesiva. Los papeles de Bárcenas y las presuntas adjudicaciones a cambio de sobres permiten cuestionar algo hasta ahora intocable como era la bondad de las grandes infraestructuras, fueran o no necesarias. Se trata de ayudar a establecer vínculos y relaciones entre la crisis ecológica y lo que nos preocupa en la vida cotidiana. Considerar políticamente las emociones es también importante. El ecologismo social tiene una importante riqueza conceptual y se mueve con soltura en el campo de lo racional pero tiene dificultades para conectar con las emociones. No hay revolución sin pasión, sin amor por la vida y por las personas. Invertir tiempo y energía en una lucha tan desigual, en la que a veces se tiene tantas dudas sobre el resultado que tendrá, sólo es posible si vive con sentido pleno, con la cabeza y con el corazón. Convertir los espacios de activismo en lugares que dan sentido vital y aportan relaciones significativas de confianza es fundamental. Las personas que participamos en espacios de esas características sabemos que no estamos solas y nos hacemos fuertes, dentro de nuestra vulnerabilidad, gracias al afecto, amistad y cariño que recibimos de quienes comparten con nosotras resistencias, construcciones y sueños.

Después de estas reflexiones queda al fin un interrogante esencial: ¿Seremos capaces de forzar estas transiciones?

No tenemos certezas. Sólo dos: la urgencia en el cambio y que tenemos la responsabilidad de intentarlo, cambiar el rumbo suicida de la historia y reinventar un mundo social y ecológicamente sostenible. Ese es

el empeño del movimiento ecologista.

# **Ecofeminismo, una propuesta para repensar el presente y construir futuro**

---

# 1. Apuntes introductorios sobre el Ecofeminismo

---

El Ecofeminismo es una corriente de pensamiento y un movimiento social que explora los encuentros y posibles sinergias entre ecologismo y feminismo. A partir de este diálogo, pretende compartir y potenciar la riqueza conceptual y política de ambos movimientos, de modo que el análisis de los problemas que cada uno de los movimientos afronta por separado gana en profundidad, complejidad y claridad (Puleo, 2011). Es una filosofía y una práctica que defiende que el modelo económico y cultural occidental se ha desarrollado de espaldas a las bases materiales y relacionales que sostienen la vida y que “*se constituyó, se ha constituido y se mantiene por medio de la colonización de las mujeres, de los pueblos “extranjeros” y de sus tierras, y de la naturaleza*” (Shiva y Mies, 1997:128).

La primera vez que aparece el término ecofeminismo es en 1974 con la publicación del libro *Feminismo o la muerte* de Francoise D’Eauboune. Ella apuntaba que existía una profunda relación entre la sobrepoblación, la devastación de la naturaleza y la dominación masculina y que para salir de la espiral suicida de producción y consumo de objetos superfluos y efímeros, de la destrucción ambiental y la alienación del tiempo propio, era preciso cuestionar la relación entre los sexos. (Cavana, Puleo y Segura, 2004). Para D’Eauboune, el control del propio cuerpo es el comienzo del camino no consumista, ecologista y feminista.

Este primer ecofeminismo no despertó gran interés en Francia, pero sí encontró cierto eco en Norteamérica y en Australia, por ejemplo en el trabajo de Ynestra King que realiza un interesante análisis de las diferentes relaciones de dominación interconectadas y la posición histórica de las

mujeres respecto a esa dominación.

Igualmente, durante la década de los setenta tenían lugar en varios países de la periferia manifestaciones públicas de mujeres en defensa de la vida. La más emblemática fue la del movimiento Chipko, en la India. También en el mundo anglosajón se desarrollaban numerosas actividades feministas pacifistas impulsadas por el vínculo entre las mujeres y la defensa de la vida. Así por ejemplo, las manifestantes de Greenham Common ejercieron una gran presión alrededor de las bases de misiles y centros de investigación militar, organizado actos no violentos, como el tejido de redes con las que cerrar las entradas de abastecimiento.

Estos movimientos fueron abordando la problemática de las relaciones entre las personas y con la naturaleza desde visiones muy diferentes, originando varias corrientes que nos obligan a hablar de ecofeminismos. Simplificando mucho la variedad de propuestas ecofeministas, se podría hablar de dos corrientes: ecofeminismos esencialistas y ecofeminismos constructivistas (Cavana, Puleo y Segura, 2004).

Los ecofeminismos de corte esencialista, denominados también clásicos, entienden que las mujeres, por su capacidad de parir, están más cerca de la naturaleza y tienden a preservarla. Esta corriente tiene un enfoque ginecocéntrico y esencialista que encontró un fuerte rechazo en el feminismo de la igualdad, que renegaba la vinculación natural que había servido para legitimar la subordinación de las mujeres a los hombres. Las ecofeministas clásicas otorgan un valor superior a las mujeres y a lo femenino y reivindican una “feminidad salvaje”. Consideran a los hombres como cultura, en el sentido roussoniano al hablar de la cultura como de degradación del buen salvaje. Este ecofeminismo presenta una fuerte preocupación por la espiritualidad y el misticismo y defiende la idea de recuperar el matriarcado primitivo.

Este primer ecofeminismo pone en duda las jerarquías que establece el pensamiento dicotómico occidental, revalorizando los sujetos antes despreciados: mujer y naturaleza. Las primeras ecofeministas denunciaron los efectos de la tecnociencia en la salud de las mujeres y se enfrentaron al militarismo, a la nuclearización y a la degradación ambiental,

interpretando éstos como manifestaciones de una cultura sexista. Petra Kelly es una de las figuras que lo representan.

A este primer ecofeminismo, crítico de la masculinidad hegemónica, siguieron otros propuestos principalmente desde el Sur. Algunos de ellos consideran a las mujeres portadoras del respeto a la vida. Acusan al “mal desarrollo” occidental de provocar la pobreza de las mujeres y de las poblaciones indígenas, víctimas primeras de la destrucción de la naturaleza. En esta amplia corriente encontramos a Vandana Shiva, María Mies o a Ivonne Guevara.

Críticos con el esencialismo del ecofeminismo clásico, surge el ecofeminismo constructivista. Desde este enfoque, se defiende que la estrecha relación entre mujeres y naturaleza se sustenta en una construcción social. Es la asignación de roles y funciones que originan la división sexual del trabajo, la distribución del poder y la propiedad en las sociedades patriarcales, las que despiertan esa especial conciencia ecológica de las mujeres. Este ecofeminismo denuncia la subordinación de la ecología y las relaciones entre las personas a la economía y su obsesión por el crecimiento.

En esta línea, Bina Agarwal (Agarwal, 1996) señala que el papel de las mujeres en la defensa de la naturaleza es importante porque son las que se preocupan por el aprovisionamiento material y energético, no porque les guste particularmente esa tarea ni por predisposición genética, sino porque son ellas las que están obligadas a garantizar las condiciones materiales de subsistencia.

Sin restar valor a muchas de las aportaciones, análisis y luchas sociales que se han derivado de los ecofeminismos de corte esencialista, esta introducción se sitúa en un ecofeminismo constructivista. Este ecofeminismo es deudor de todos los campos de pensamiento en los que el feminismo ha deconstruido muchos de los dogmas dominantes, mostrando que existen formas de entender la historia, la economía, la ordenación del territorio, la politología, o la vida cotidiana que pueden permitir construir otras formas de relación y organización emancipadoras para todas las personas.

A pesar de las diferencias de enfoques, todos los ecofeminismos

comparten la visión de que la subordinación de las mujeres a los hombres y la explotación de la Naturaleza son dos caras de una misma moneda y responden a una lógica común: la lógica de la dominación y del sometimiento de la vida a la lógica de la acumulación.

### **Un ecofeminismo crítico y constructivista**

El ecofeminismo somete a revisión conceptos clave de nuestra cultura: economía, progreso, ciencia... Considera que estas nociones hegemónicas han mostrado su incapacidad para conducir a los pueblos a una vida digna. Por eso es necesario dirigir la vista a un paradigma nuevo que debe inspirarse en las formas de relación practicadas por las mujeres.

Desde los puntos de vista filosófico y antropológico, el ecofeminismo permite reconocernos, situarnos y comprendernos mejor como especie, ayuda a comprender las causas y repercusiones de la estricta división que la sociedad occidental ha establecido entre Naturaleza y Cultura, o entre la razón y el cuerpo; permite intuir los riesgos que asumen los seres humanos al interpretar la realidad desde una perspectiva reduccionista que no comprende las totalidades, simplifica la complejidad e invisibiliza la importancia material y simbólica de los vínculos y las relaciones para los seres humanos.

Desarrolla una mirada crítica sobre el actual modelo social, económico y cultural y proponen una mirada diferente sobre la realidad cotidiana y la política, dando valor a elementos, prácticas y sujetos que han sido designados por el pensamiento hegemónico como inferiores y que han sido invisibilizados.

Posiblemente todos los ecofeminismos estén de acuerdo con King, cuando afirma que: “*desafiar al patriarcado actual es un acto de lealtad hacia las generaciones futuras y la vida, y hacia el propio planeta*”. (Agra, 1997)

Desde parte del movimiento feminista, el ecofeminismo se ha percibido como un posible riesgo, dado el uso histórico que el patriarcado ha hecho de los vínculos entre mujer y naturaleza (Cavana,

Puleo y Segura, 2004). Esta relación impuesta se ha usado como argumento para mantener la división sexual del trabajo. En la misma línea advierte Celia Amorós contra lo que ella denomina la práctica de una “moral de agravios” (Amorós, 1985) con respecto a las mujeres.

Esta moral de agravios, para Amorós, se produce cuando lo que se pide y se exige no es el cambio de estatus de las mujeres, sino simplemente el respeto y consideración a las tareas que ellas realizan. Para un ecofeminismo constructivista, no se trataría de exaltar lo estereotipado como femenino, de encerrar a las mujeres en un espacio reproductivo, aun cuando fuese visible, negándoles el acceso al espacio público. Tampoco se trata de responsabilizarles en exclusiva de la ingente tarea del cuidado del planeta y la vida. Se trata de hacer visible el sometimiento, señalar las responsabilidades y corresponsabilizar a hombres y mujeres en el trabajo de la supervivencia.

Si el feminismo ha denunciado cómo la naturalización de la mujer ha servido para legitimar el patriarcado, el ecofeminismo plantea que la alternativa no consiste en desnaturalizar a la mujer, sino en “renaturalizar” al hombre, ajustando la organización política, relacional, doméstica y económica a las condiciones materiales que posibilitan la existencia. Una “renaturalización” que exige un cambio cultural que convierta en visible la ecodependencia para mujeres y hombres (Herrero, 2006).

### **Algunas bases conceptuales**

No pretende este epígrafe agotar la amplitud de temas que forman parte de la preocupación del ecofeminismo, como son la deconstrucción y reconstrucción de las miradas emancipadoras, la conciencia crítica de la tecnología y la ciencia, la crítica al mito del progreso indefinido, la bioética, el culto al trabajo, la producción, o la concepción de riqueza hegemónica.

En este avance, solamente van a ser abordados aquellos que forman parte del diálogo que establece la economía ecológica con la economía feminista.

El ecofeminismo denuncia cómo los ciclos vitales humanos y los límites ecológicos quedan fuera de las preocupaciones de la economía convencional. Esta denuncia trastoca las bases fundamentales del paradigma económico capitalista.

Contribuye a desmantelar el artificio teórico que separa humanidad de naturaleza; establece la importancia material de los vínculos y las relaciones; se centra en la inmanencia y vulnerabilidad de los cuerpos y la vida humana; y otorga papel esencial a la producción y a la reproducción como elementos indisociables del proceso económico.

### **Una economía que crece de espaldas a la ecoddependencia y a la interdependencia**

La vida de las personas tiene dos insoslayables dependencias: la que cada persona tienen de la naturaleza y la de otras personas.

Los seres humanos obtenemos lo que precisamos para estar vivos de la naturaleza: alimento, agua, cobijo, energía, minerales... Por ello, decimos que somos seres ecodpendientes: somos naturaleza. Sin embargo, a pesar de la evidente dependencia que las personas tenemos de la Naturaleza, el ser humano en las sociedades occidentales ha elevado una pared simbólica entre él y el resto del mundo vivo, creando un verdadero abismo ontológico entre la vida humana y el planeta en el que ésta se desenvuelve.

La idea de progreso se relaciona, en muchas ocasiones, con la superación de aquello que se percibe como un límite. La dominación sobre la naturaleza toma cuerpo en la obsesión por eliminar los obstáculos que impidan la realización de cualquier deseo. Cualquier límite que impida avanzar en este dominio se presenta como un reto a superar. La modificación de los límites de la naturaleza ha sido vivida como una muestra de progreso. En la cara oculta de la superación de los límites se sitúa la destrucción, agotamiento o deterioro de aquello que necesitamos para vivir.

Pero además, cada ser humano presenta una profunda dependencia de

otros seres humanos. Durante toda la vida, pero sobre todo en algunos momentos del ciclo vital, las personas no podríamos sobrevivir si no fuese porque otras dedican tiempo y energía a cuidar de nuestros cuerpos. Esta segunda dependencia, la interdependencia, con frecuencia está más oculta que la anterior.

En las sociedades patriarcales, quienes se han ocupado mayoritariamente del trabajo de atención y cuidado a necesidades de los cuerpos vulnerables, son mayoritariamente las mujeres, porque ese es el rol que impone la división sexual del trabajo en ellas. Este trabajo se realiza en el espacio privado e invisible de los hogares, organizado por las reglas de institución familiar.

Si no se politiza el cuerpo y su vulnerabilidad, no podemos ver la centralidad del trabajo de quienes se ocupan del mantenimiento y cuidado de los cuerpos vulnerables ni la necesidad de que el conjunto de la sociedad, y por supuesto los hombres, se responsabilicen de estas tareas. En las sociedades occidentales cada vez es más difícil reproducir y mantener la vida humana, porque el bienestar de las personas encarnadas en sus cuerpos no es una prioridad (Carrasco 2009b).

Asumir la finitud del cuerpo, su vulnerabilidad y sus necesidades, es vital para comprender la esencia interdependiente de nuestra especie, para situar la reciprocidad, la cooperación, los vínculos y las relaciones como condiciones *sine qua non* para ser humanidad.

La ignorancia de estas dependencias materiales (eco e interdependencia) se traduce en la noción de producción y de trabajo que maneja la economía convencional y que ha contribuido a alimentar el mito del crecimiento y la fantasía de la individualidad. El ecofeminismo, al analizarlas conjuntamente, ayuda a comprender que la crisis ecológica es también una crisis de relaciones sociales.

### **Una producción que no tiene en cuenta el sostenimiento de la vida**

La reducción del valor a lo exclusivamente monetario configura aquello que forma parte del campo de estudio económico. Esta reducción

expulsa del campo de estudio de la economía a la complejidad de la regeneración natural y todos los trabajos humanos que no forma parte de la esfera mercantil. Sin ser contabilizados por la vara de medir del dinero, pasan a ser invisibles. La producción pasa a ser exclusivamente aquella actividad en la que se produce un aumento del excedente social medido exclusivamente en términos monetarios.

Razonar exclusivamente en el universo abstracto de los valores monetarios ha cortado el cordón umbilical que une la naturaleza y la reproducción cotidiana de la vida con la economía. Hemos llegado al absurdo de utilizar un conjunto de indicadores que, no solamente no cuentan como riqueza bienes y servicios imprescindibles para la vida, sino que llegan a contabilizar la propia destrucción como si fuera riqueza.

Desde el punto de vista ecofeminista, la producción tiene que ser una categoría ligada al mantenimiento de la vida y al bienestar de las personas (Pérez Orozco 2006a), es decir, lo producido, debe ser algo que permita satisfacer necesidades humanas con criterios de equidad. Hoy, se consideran como producciones la obtención de artefactos o servicios que son socialmente indeseables desde el punto de vista de las necesidades y del deterioro ecológico. Igualmente, se considera como producción lo que es simplemente extracción y transformación de materiales finitos preexistentes. Distinguir entre las producciones socialmente necesarias y las socialmente indeseables es imprescindible y los indicadores monetarios al uso (como el Producto Interior Bruto) no permiten discriminar entre ambas.

Al visibilizar la dependencia de la economía de la naturaleza y de los trabajos ligados al cuidado de la vida humana, se derrumban las fronteras entre la producción y la reproducción, socavando de esta manera el patriarcado capitalista.

### **Una mirada ecofeminista sobre el concepto de trabajo**

La noción de trabajo acuñada en las sociedades industriales se reduce a la tarea que se realiza en la esfera mercantil a cambio de un salario. Todas

las funciones que se realizan en el espacio de producción doméstica de forma no remunerada, aunque garantizan la reproducción social y el cuidado de los cuerpos pasan a no ser nombradas, aunque obviamente siguen siendo imprescindibles y explotables, tanto para garantizar la supervivencia como para fabricar una "mercancía" muy especial: la mano de obra (Carrasco 2009a).

La nueva economía transformó el trabajo y la tierra en mercancías y comenzaron a ser tratados como si hubiesen sido producidos para ser vendidos. Pero ni la tierra ni el trabajo son mercancías porque, o no han sido producidas –como es el caso de la tierra– o no han sido producidas para ser vendidas –como es el caso de las personas–. Polanyi advierte que esa ficción resultaba tan eficaz para la acumulación y la obtención de beneficios como peligrosa para sostener la vida humana. Se puede entender el alcance de esta Gran Transformación si se recuerda que *"trabajo no es más que un sinónimo de persona y tierra no es más que un sinónimo de naturaleza"* (Polanyi 1992).

La nueva noción del trabajo exigió hacer el cuerpo apropiado para la regularidad y automatismo exigido por la disciplina del trabajo capitalista (Federeci 2010). El cuerpo se convierte en una maquinaria de trabajo, fortaleciendo las nociones previas que la Modernidad había asentado. La regeneración y reproducción de esos cuerpos no son responsabilidades de la economía que se desentiende de ellas, relegándolas al espacio doméstico. Allí, fuera de la mirada pública, las mujeres se ven obligadas a asumir esas funciones desvalorizadas a pesar de que sean tan imprescindibles tanto para la supervivencia digna como para la propia reproducción de la producción capitalista (Carrasco 2009a). Desde este punto de vista, podemos defender que las mujeres efectúan una mediación con la naturaleza en beneficio de los hombres.

Mies propone reformular el concepto de trabajo definiéndolo como aquellas tareas dedicadas a la producción de vida. Cristina Carrasco (Carrasco, 2001) profundiza esta propuesta cuando señala que es preciso reorganizar todos los trabajos y corresponsabilizar a los hombres y al conjunto de la sociedad de esos trabajos que han realizado a lo largo de la historia las mujeres. Se trata de un trabajo repetitivo y cíclico intensivo en

tiempo, que libera a los hombres —y a algunas mujeres— para hacer trabajos menos esenciales y en muchas ocasiones dañinos para las propias personas y para la naturaleza. De esta forma, se plantea también la ruptura de la dicotomía que separa el trabajo reducido al empleo, del resto de los trabajos que sostienen cotidianamente la vida.

Desde este punto de vista, el trabajo sólo puede ser productivo en el sentido de producir excedente económico mientras pueda obtener, extraer, explotar y apropiarse trabajo empleado en producir vida o subsistencia. La producción de vida es una precondition para la producción mercantil. El trabajo de las mujeres es esencial para producir las propias condiciones de producción. Por ello, el capitalismo no puede mantenerse sin el patriarcado.

La valorización del cuidado lleva a la economía feminista a acuñar la idea de *sostenibilidad de la vida humana* (Carrasco, 2001) bajo un concepto que representa un proceso histórico complejo, dinámico y multidimensional de satisfacción de necesidades que debe ser continuamente reconstruido, que requiere de recursos materiales pero también de contextos y relaciones de cuidado, proporcionados éstos en gran medida por el trabajo no remunerado realizado en los hogares.

En nuestra opinión, este concepto se relaciona dentro de la idea más amplia de sostenibilidad ecológica y social. De acuerdo con Bosch, Carrasco y Grau (2005:322) entendemos la sostenibilidad:

“Como proceso que no sólo hace referencia a la posibilidad real de que la vida continúe —en términos humanos, sociales y ecológicos—, sino a que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida, estándares de vida o calidad de vida aceptables para toda la población. Sostenibilidad que supone, pues, una relación armónica entre humanidad y naturaleza, y entre humanas y humanos. En consecuencia, será imposible hablar de sostenibilidad si no va acompañada de equidad”.

**Recomponiendo un espacio seguro de vida para la humanidad desde el ecofeminismo**

Las dimensiones ecológica y feminista son imprescindibles para transformar la concepción y la gestión del territorio y para reorganizar los tiempos de la gente... Sin ellas, es imposible alumbrar un modelo compatible con la biosfera y que trate de dar respuesta a todas las diferentes formas de desigualdad. Se esbozan a continuación, de una forma somera, algunas pautas imprescindibles para orientar desde una perspectiva ecofeminista las transiciones hacia un modelo económico, cultural y político que permita la sostenibilidad de la vida humana.

El punto de partida es la inevitable reducción de la extracción y presión sobre los ciclos naturales. En un planeta con límites, ya sobrepasados, el decrecimiento de la esfera material de la economía global no es tanto una opción como un dato. Esta adaptación puede producirse mediante la lucha por el uso de los recursos decrecientes o mediante un proceso de reajuste decidido y anticipado con criterios de equidad.

Una reducción de la presión sobre la biosfera que se quiera abordar desde una perspectiva que sitúe el bienestar de las personas como prioridad, obliga a plantear un radical cambio de dirección. Obliga a promover una cultura de la suficiencia y de la autocontención en lo material, a apostar por la relocalización de la economía y el establecimiento de circuitos cortos de comercialización, a restaurar una buena parte de la vida rural, a disminuir el transporte y la velocidad, a acometer un reparto radical de la riqueza y a situar la reproducción cotidiana de la vida y el bienestar en el centro del interés.

La economía convencional valora exclusivamente la economía del dinero y formaliza la abstracción del *Homo economicus* como sujeto económico (*My economy*). Frente a esta concepción, el ecofeminismo se centra en la "*We economy*", una economía centrada en la satisfacción de las necesidades colectivas. Se trata de buscar nuevas formas de socialización, de organización social y económica que permitan librarse de un modelo de desarrollo que prioriza los beneficios monetarios sobre el mantenimiento de la vida.

Abandonar la lógica androcéntrica y biocida obliga a responder a las preguntas ineludibles: ¿Qué necesidades hay que satisfacer para todas las

personas? ¿Cuáles son las producciones necesarias y posibles para que se puedan satisfacer? ¿Cuáles son los trabajos socialmente necesarios para ello?

Responder a estas preguntas implica el cambio radical de la economía, de la política y de la cultura. Se trata por tanto de abordar un proceso de reorganización del modelo productivo y de todos los tiempos y trabajos de las personas.

Abordar esta transición con criterios de equidad, supone abordar la redistribución y reparto de la riqueza, así como una reconceptualización de la misma. En un planeta físicamente limitado, en el que un crecimiento económico ilimitado no es posible, la justicia se relaciona directamente con la distribución y reparto de la misma. El acceso a niveles de vida dignos de una buena parte de la población pasa, tanto por una reducción drástica de los consumos de aquellos que más presión material ejercen sobre los territorios con sus estilos de vida.

El ecofeminismo, poco a poco, va calando en los análisis de otros movimientos sociales y políticos. Creemos que esta mirada resulta imprescindible para realizar un análisis material completo del metabolismo social y establecer diagnósticos más ajustados sobre la crisis civilizatoria. Esta mirada es central para ayudar a diseñar las transiciones necesarias hacia una sociedad más justa y compatible con los límites de la naturaleza.

---

## **2. Repensar el presente y construir futuro**

---

El pensamiento patriarcal estructura el mundo en una serie de dualismos o

pares de opuestos que separan y dividen la realidad. Cada par de opuestos, en los que la relación es jerárquica y el término normativo encarna la universalidad, se denomina dicotomía. Cultura o naturaleza, mente o cuerpo, razón o emoción, conocimiento científico o saber tradicional, independencia o dependencia, hombre o mujer. Entendidos como pares de contrarios de desigual valor, organizan nuestra forma de entender el mundo.

Estas díadas se asocian unas con otras, en lo que Celia Amorós denomina “encabalgamientos” (Amorós, 1985). Un encabalgamiento particularmente trascendente es el que forman los pares cultura/naturaleza y masculino/femenino. La comprensión de la cultura como superación de la naturaleza justifica ideológicamente su dominio y explotación. La consideración de la primacía de lo masculino (asociado a la razón, la independencia o la mente) legitima que el dominio sobre el mundo físico lo protagonicen los hombres, y las mujeres queden relegadas al cuerpo, al mundo inestable de las emociones y a la naturaleza.

La ciencia moderna articulada alrededor de la mecánica newtoniana, que explicaba el mundo como enorme maquinaria previsible, daba carácter científico a la vieja creencia bíblica del ser humano como centro del mundo, y consolidaba la percepción de la naturaleza como un enorme almacén de recursos a su servicio. El antropocentrismo quedaba legitimado por la ciencia naciente y dado que el relato de la realidad dominante lo establecían los hombres, en realidad constituía una visión androcentrista.

La mirada mecanicista aplicada a la historia postuló que las sociedades, de una forma lineal y generalizada evolucionaban de unos estadios de mayor “atraso” (caza y recolección o ausencia de propiedad privada) hacia etapas más “avanzadas y modernas” (civilización industrial o economía de mercado) y que en esta evolución, tan natural y universal como las leyes de la mecánica que explicaban el funcionamiento del mundo físico, las sociedades europeas se encontraban en el punto más adelantado. Al concebir la historia de cada pueblo como una serie de acontecimientos que conducían desde el salvajismo a la civilización, los europeos, convencidos de representar el paradigma de “civilización por

excelencia”, expoliaron los recursos de los territorios colonizados para alimentar su naciente sistema económico que se basaba en la expansión constante. Sometieron mediante la violencia militar, económica y simbólica a los pueblos colonizados, a los que se consideraba “salvajes” y en un estado muy cercano a la naturaleza.

El antropocentrismo–androcentrismo al que nos referíamos antes, incorporaba una nueva dimensión, la etnocéntrica, que otorgaba una calificación moral superior a la civilización, entonces europea. El hombre blanco, occidental, burgués y sin discapacidades se constituía como sujeto universal, ante el cual, todos los demás seres vivos se convertían en deformaciones imperfectas.

### **La economía capitalista acentúa la invisibilización de las mujeres y la naturaleza**

La economía convencional se asentó sobre una noción de objeto económicos reducida al subconjunto de aquello que cumplía tres requisitos: en primer lugar era susceptible de poder ser apropiado, en segundo lugar tenía que poder expresarse en términos monetarios y, por último, debía ser “productibles”, es decir, se debía poder efectuar sobre el objeto algún tipo de manipulación que justificase su puesta en el mercado. (Naredo, 2006)

El concepto de producción, que había nacido vinculado a los bienes y servicios renovables que presta la naturaleza (agricultura, pesca o la actividad forestal), se vio desplazado hacia la apropiación y reventa de materiales finitos que eran transformados en procesos que inevitablemente generaban residuos y degradación del medio físico.

Al considerar riqueza solamente la dimensión creadora de valor monetario en los procesos de producción, se comenzó a vivir de espaldas e ignorantes a los efectos negativos que comportaba dicha actividad económica, deseando maximizar el crecimiento de esa “producción” (en realidad extracción y transformación de materiales finitos y generación de residuos) de forma ilimitada, aunque en el mundo físico, invisible para el

sistema económico creciesen, a la vez que lo hacía la producción, los deterioros que de forma insoslayable la acompañaban.

Las lentes distorsionadoras que suponen reducir valor a lo exclusivamente monetario hacen que se confunda el progreso social y el bienestar con la cantidad de actividad económica (medida en términos de dinero) que un país tiene, ignorando los costes biofísicos de la producción y los trabajos que al margen del proceso económico sostienen la vida humana.

La fotosíntesis, el ciclo del carbono, el ciclo del agua, la regeneración de la capa de ozono, la regulación del clima, la creación de biomasa, los vientos o los rayos del sol son imprescindibles para que se mantenga la vida y difícilmente pueden ser traducidos a valor monetario. Al no formar parte de la esfera económica, son invisibles y cuando se comienzan a visibilizar es porque se han deteriorado tanto, que su reparación (o pretensión de reparación) genera negocio y beneficios.

Existen intentos, a veces bienintencionados, de traducir la naturaleza a dinero con el fin de que conscientes de su valor se detenga su destrucción, pero en realidad dicha contabilidad no deja de ser un apunte contable. Podemos poner precio a la polinización, pero una vez alterados los delicados equilibrios que posibilitan la conjunción de insectos y flores ¿a quién hay que pagarle para que arregle el desastre? Si se deteriora la capa de ozono ¿se puede llamar a un ingeniero y pedirle que la repare? ¿Quién puede a cambio de un salario volver a congelar el agua en los casquetes polares?

### **Una ingente cantidad de trabajo humano que no se ve**

Los trabajos de las mujeres, a pesar de considerarse separados del entorno productivo, producen una mercancía fundamental para el sistema económico: la fuerza de trabajo. Denominaremos “trabajo de cuidados” a las tareas asociadas a la reproducción humana, la crianza, la resolución de las necesidades básicas, la promoción de la salud, el apoyo emocional, la facilitación de la participación social...

Esta colección difusa de trabajos incluye asuntos tan dispares como cocinar (tres veces al día, siete días en semana, doce meses al año), cuidar a las personas enfermas, hacer camas, vigilar constantemente los primeros pasos de un bebé, decidir qué comen las personas de la casa, acarrear productos para el abastecimiento (leña, alimentos, agua...), amamantar, arreglar o fabricar ropa, ocuparse de los hijos de otra madre del colegio, ayudar a hacer lo deberes, fregar los cacharros, parir, limpiar el water, mediar en conflictos, ordenar armarios, consolar, gestionar el presupuesto doméstico... La lista de trabajos que se realizan y son invisibles, e imprescindibles para el funcionamiento del sistema económico es inacabable.

Los mercados, espacios públicos y racionales gobernados por el “homo economicus”, se consideran independientes del ámbito doméstico. El “homo economicus” es aquel que “brota” cada día en su puesto de trabajo, alimentado, lavado, descansado y libre de toda responsabilidad de mantenimiento del hogar y de las personas que viven en él (Pérez Orozco, 2006b). El mercado parece ignorar que esa regeneración (salió del trabajo cansado y hambriento) y la reproducción de nueva fuerza de trabajo se ha producido en el espacio privado, que dado el orden de cosas, está delegado a las mujeres. Es bajo estas condiciones como se hace posible el trabajo de mercado y se naturaliza (invisibilizándola) la apropiación del trabajo doméstico. Salvo que el “homo economicus” sea una mujer, en cuyo caso se hacen más complejas las condiciones de participación en ese espacio del mercado. “Para conciliar la vida familiar y la laboral las mujeres necesitan... una esposa. Por eso lo tienen tan difícil” ironiza una economista feminista. *(Esta frase fue pronunciada por Cristina Carrasco durante una Conferencia en un curso de verano organizado por la Universidad Complutense de Madrid en El Escorial).*

### **Consecuencias de la invisibilidad: crisis ecológica y crisis de los cuidados**

La vida, y la actividad económica como parte de ella, no es posible sin

los bienes y servicios que presta el planeta (bienes y servicios limitados y en progresivo deterioro) y sin los trabajos de las mujeres, a las que se delega la responsabilidad de la reproducción social.

En las sociedades capitalistas, la obligación de maximizar los beneficios y mantener el crecimiento determinan las decisiones que se toman sobre cómo estructurar los tiempos, los espacios, las instituciones legales, el qué se produce y cuánto se produce. En la sociedad capitalista no se produce lo que necesitan las personas, sino lo que da beneficios.

Hace ya más de 30 años, el conocido informe Meadows, publicado por el Club de Roma constataba la evidente inviabilidad del crecimiento permanente de la población y sus consumos. Alertaba de que si no se revertía la tendencia al crecimiento en el uso de bienes naturales, en la contaminación de aguas, tierra y aire, en la degradación de los ecosistemas y en el incremento demográfico, se incurría en el riesgo de llegar a superar los límites del planeta, ya que el crecimiento continuado y exponencial, sólo podía darse en el mundo físico de modo transitorio.

Más de 30 años después, la humanidad no se encuentra en riesgo de superar los límites, sino que los ha sobrepasado y se estima que aproximadamente las dos terceras partes de los servicios de la naturaleza se están deteriorando ya.

La desmesura de la economía está provocando una serie de impactos graves y con frecuencia irreversibles. El cambio climático avanza sin que los aparentes esfuerzos institucionales desemboquen en una reducción real de las emisiones de CO<sub>2</sub>; la biodiversidad se reduce de forma significativa, desapareciendo con ella información clave para la formación de los ecosistemas que han permitido la vida compleja; muchos recursos se agotan sin encontrarse sustitutos; el acceso al agua no contaminada es cada vez más difícil; y crecen las desigualdades en las que una parte de la humanidad se enriquece a costa de devastar los territorios de los que depende la supervivencia de la otra. Podemos decir que nos encontramos ante una grave crisis ecológica que amenaza con cambiar las dinámicas naturales que explican la existencia de la especie humana.

Pero también, dentro de la esfera de la reproducción social hay problemas. Por una parte, la construcción de la identidad política y pública

de las mujeres, en una sociedad que solo ve la esfera productiva, se realiza a partir de la copia del modelo de los hombres, sin que estos asuman equitativamente su parte en los trabajos de cuidados.

El aumento de la esperanza de vida y un modelo urbanístico que privilegia la distancia exige aún más tiempo para dar respuesta a la necesidad de cuidado de las personas complican aún más las posibilidades de compaginar el mundo del trabajo con la reproducción social que se realiza en el ámbito doméstico.

La imposibilidad de compatibilizar en buenas condiciones el trabajo de mercado y el trabajo de mantenimiento de la vida humana quiebra de la antigua estructura de los cuidados, de la reciprocidad que garantizaba que las personas cuidadas en la infancia eran cuidadoras en un ancianidad. Se generan así mercados de servicios para las mujeres que pueden pagarlos y mercados de empleos precarios para mujeres más desfavorecidas.

Se crea entonces una cadena global de cuidados en la que las mujeres inmigrantes que asumen como empleo el cuidados de la infancia y de las personas mayores, la limpieza, alimentación y compañía, dejan do al descubierto estas mismas funciones en sus lugares de origen, en donde otras mujeres, abuelas, hermanas, etc, las asumen como pueden.

### **Las mujeres en la defensa de la naturaleza y la sociedad**

La aportación de las mujeres al mantenimiento de la vida va más allá del espacio doméstico. En muchos lugares del mundo a lo largo de la historia, parte de la producción para la subsistencia ha dependido de ellas. Se han ocupado de mantener la productividad en los terrenos comunales, han organizado la vida comunitaria y los sistemas de protección social ante el abandono o la orfandad, y han defendido su tierra y la supervivencia de sus familias y su comunidad.

Las mujeres han tenido y tienen un papel protagonista en movimientos de defensa del territorio, en luchas pacifistas, en movimientos de barrio. Si los recursos naturales se degradan o se ven amenazados, a menudo encontramos a grupos de mujeres organizados en su defensa. Son

protagonistas de muchas de las prácticas del "ecologismo de los pobres". (Martínez Alier, 2004)

La conservación de semillas, la denuncia de las tecnologías de la reproducción agresivas con el cuerpo de las mujeres, las luchas como consumidoras, la protección de los bosques, las contestaciones ante la violencia y ante la guerra, son conflictos en los que la presencia femenina es significativa.

Las experiencias diversas de mujeres en defensa de la salud, la supervivencia y el territorio, hicieron nacer la conciencia de que existen vínculos sólidos entre el género y el medio ambiente, entre las mujeres y el ambientalismo, entre el feminismo y el ecologismo.

Es muy conocido el movimiento *Chipko* (que significa abrazo) un movimiento que, desde 1973, mantienen grupos de campesinas de los Himalayas, para evitar la privatización de sus bosques. Mujeres, niños y hombres se abrazan a los árboles que van a ser talados en un ejercicio de resistencia pacífica.

En Estados Unidos se pueden citar dos pioneras del ecologismo actual. Una de ellas, Lois Gibbs, participó en el conflicto de los años 70 contra residuos tóxicos en Love Canal y animó la creación de un grupo de amas de casa en defensa de la salud de sus familias.

Rachel Carson, la autora de "La primavera silenciosa", en 1962, denunció con rigor los efectos de los pesticidas agrícolas en un libro que se considera precursor de la literatura ecologista.

Un grupo de mujeres víctimas de la catástrofe de Bhopal, en la India, han seguido luchando durante años para obtener justicia de la empresa responsable, *Union Carbide*.

Otras formas de defender la vida protagonizadas por mujeres son las arriesgadas luchas pacifistas de las Mujeres de Negro o de las Madres de Mayo, y las denuncias de los feminicidios en el norte de Méjico.

En la costa de la provincia ecuatoriana de Esmeraldas, se da la participación de líderes espontáneas, madres y abuelas, en la disputa actual entre la comunidad y los camaroneros. La población pobre y negra que vive de los recursos del manglar se ha organizado —a instancias de las mujeres— para defender el recurso arrasado por las industrias de cría de

camarón.

En todos estos ejemplos las mujeres protegen aquello que, de una forma evidente, le asegura la supervivencia: los bosques, el agua, las parcelas comunitarias o la vida humana. Son conscientes de que el deterioro de estos recursos van asociados al deterioro de su vida y de la de los suyos.

### **Ecofeminismos: la rehabilitación de las invisibles**

El ecofeminismo es una filosofía y una práctica feminista que nace de la cercanía de mujeres y naturaleza, y de la convicción de que nuestro sistema “se constituyó, se ha constituido y se mantiene por medio de la subordinación de las mujeres, de la colonización de los pueblos “extranjeros” y de sus tierras, y de la naturaleza”. (Shiva y Mies, 1997)

Todos los ecofeminismos comparten la visión de que la subordinación de las mujeres a los hombres y la explotación de la Naturaleza son dos caras de una misma moneda y responden a una lógica común: la lógica de la dominación patriarcal y la supeditación de la vida a la prioridad de la obtención de beneficios. El capitalismo patriarcal ha desarrollado todo tipo de estrategias para someter a ambas y relegarlas al terreno de lo invisible. Por ello las diferentes corrientes ecofeministas buscan una profunda transformación en los modos en que las personas nos relacionamos entre nosotras y con la Naturaleza, sustituyendo las fórmulas de opresión, imposición y apropiación y superando las visiones antropocéntricas y androcéntricas.

El ecofeminismo cuestiona aspectos básicos que conforman nuestro imaginario colectivo: modernidad, razón, ciencia, productividad... Estos han mostrado su incapacidad para conducir a los pueblos a una vida digna. El horizonte de guerras, deterioro, desigualdad, violencia e incertidumbre es buena prueba de ello. Por eso es necesario dirigir la vista a un paradigma nuevo que debe inspirarse en las formas de relación practicadas por las mujeres.

Simplificando, se podrían decir que existen dos corrientes:

ecofeminismos espiritualistas y ecofeminismos constructivistas. Los primeros identifican mujer y naturaleza, y entienden que hay un vínculo esencial y natural entre ellas. Los segundos creen que la estrecha relación entre mujeres y naturaleza se sustenta en una construcción social. (Cavana, Puleo y Segura, 2004)

Los orígenes teóricos de la vinculación entre ecologismo y feminismo se pueden situar en los años 70 con la publicación del libro *Feminismo o la muerte* de Françoise D'Eaubourne, donde aparece por primera vez el término.

En esa misma década tienen lugar en el Sur varias manifestaciones públicas de mujeres en defensa de la vida. El más emblemático fue el movimiento *Chipko*, un grupo de mujeres que se abrazaron a los árboles de los bosques de Garhwal en los Himalayas indios. Consiguieron defenderlos de las “modernas” prácticas forestales de una empresa privada. Las mujeres sabían que la defensa de los bosques comunales de robles y rododendros de Garhwal era imprescindible para resistir a las multinacionales extranjeras que amenazaban su forma de vida. Para ellas, el bosque era mucho más que miles de metros cúbicos de madera. El bosque era la leña para calentarse y cocinar, el forraje para sus animales, el material para las camas del ganado, la sombra, la manifestación de la abundancia de la vida.

Una década después en Argentina, un grupo de unas 14 mujeres se organizaban en Buenos Aires. Madres de personas desaparecidas convirtieron en público su dolor privado. Durante décadas, las Madres de la Plaza de Mayo representaron un ritual semanal de resistencia basado en el papel que la ideología patriarcal, tan funcional a la dictadura militar, había asignado a las mujeres. Ellas asumieron este discurso para darle la vuelta y convertirlo en arma política. Desde su papel de madres convirtieron su pérdida personal en política y resistieron, invirtiendo las formas tradicionales de activismo social y político, frente a la durísima represión y violencia militar. El eje central de las políticas de las Madres era la defensa de la vida y el derecho al amor. Como el del grupo de mujeres víctimas de la catástrofe de Bhopal, las amas de casa opuestas al *Love Canal*.

A mediados del siglo pasado el primer ecofeminismo pone en duda las jerarquías que establece el pensamiento dicotómico occidental, revalorizando los términos del dualismo antes despreciados: mujer y naturaleza. La cultura, protagonizada por los hombres, había desencadenado guerras genocidas, devastamiento y envenenamiento de territorios, gobiernos despóticos. Las primeras ecofeministas denunciaron los efectos de la tecnociencia en la salud de las mujeres y se enfrentaron al militarismo, a la nuclearización y a la degradación ambiental, interpretando estos como manifestaciones de una cultura sexista. Petra Kelly es una de las figuras que lo representan.

A este primer ecofeminismo, crítico de la masculinidad, siguieron otros propuestos principalmente desde el sur. Algunos de ellos consideran a las mujeres portadoras del respeto a la vida. Acusan al “mal desarrollo” occidental de provocar la pobreza de las mujeres y de las poblaciones indígenas, víctimas primeras de la destrucción de la naturaleza. Éste es quizá el ecofeminismo más conocido. En esta amplia corriente encontramos a Vandana Shiva, María Mies o a Ivone Guevara.

Superando el esencialismo de estas posiciones, otros ecofeminismos constructivistas (Bina Agarwal, Val Plumwood) ven en la mayor interacción con la tierra y el medio ambiente el origen de esa especial conciencia ecológica de las mujeres. Es la división sexual del trabajo y la distribución del poder y la propiedad la que ha sometido a las mujeres y al medio natural del que todas y todos formamos parte. Las dicotomías reduccionistas de nuestra cultura occidental han de reformularse, no en términos de opuestos, sino de complementariedad, para construir una convivencia más respetuosa y libre.

Posiblemente todos ellos estén de acuerdo con esta afirmación de Y. King: “Desafiar al patriarcado actual es un acto de lealtad hacia las generaciones futuras y la vida, y hacia el propio planeta.” (King, 1983)

Desde parte del movimiento feminista, el ecofeminismo se ha percibido como un posible riesgo, dado el mal uso histórico que el patriarcado ha hecho de los vínculos entre mujer y naturaleza. Esta relación impuesta se ha venido usando históricamente como argumento para mantener la división sexual del trabajo. Puesto que el riesgo existe,

conviene acotarlo. No se trataría de exaltar lo interiorizado como femenino, de encerrar de nuevo a las mujeres en un espacio reproductivo, negándoles el acceso a la cultura, ni de responsabilizarles, por si les faltaban ocupaciones, de la ingente tarea de rescate del planeta y la vida. Se trata de hacer visible el sometimiento, señalar las responsabilidades y corresponsabilizar a hombres y mujeres en el trabajo de la supervivencia.

Si el feminismo se dio pronto cuenta de cómo la naturalización de la mujer era una herramienta para legitimar el patriarcado, el ecofeminismo comprende que la alternativa no consiste en desnaturalizar a la mujer, sino en “renaturalizar” al hombre, ajustando la organización política, relacional, doméstica y económica a las condiciones de la vida, que naturaleza y mujeres conocen bien. Una “renaturalización” que es al tiempo “reculturización” (construcción de una nueva cultura) que convierte en visible la ecodependencia para mujeres y hombres. No hay reino de la libertad que no deba atravesar el reino de la necesidad. No hay reino de la sostenibilidad si no se asume la equidad de género.

Mujeres y naturaleza comparten el mismo lado de las dicotomías del pensamiento moderno y también han compartido destinos cercanos en la cultura patriarcal y mercantil. La invisibilidad, el desprecio, el sometimiento, la explotación, tanto de las mujeres como de la naturaleza han ido a la par en las sociedades industriales. La sostenibilidad de la vida es incompatible con estas relaciones de dominio.

### **La sostenibilidad necesita de las mujeres**

La historia de las mujeres les ha abocado a realizar aprendizajes, recreados y mejorados generación tras generación, que sirven para enfrentarse a la destrucción y hacer posible la vida. Las mujeres —gran parte de las mujeres— se han visto obligadas a vivir más cerca de la tierra, del barrio y del huerto, de la casa. Se han hecho responsables de sus hijos e hijas y por ellos han aprendido a prever el futuro y mantener el abastecimiento de la familia. No han caído fácilmente en las promesas del enriquecimiento rápido que les ofrecían con la venta de tierras o los

negocios arriesgados. Han mantenido la previsión que impone la responsabilidad sobre el cuidado de otras personas y por eso han desarrollado habilidades de supervivencia que la cultura masculina ha despreciado.

Su posición de sometimiento también ha sido al tiempo una posición en cierto modo privilegiada para poder construir conocimientos relativos a la crianza, la alimentación, la salud, la agricultura, la protección, los afectos, la compañía, la ética, la cohesión comunitaria, la educación y la defensa del medio natural que permite la vida. Sus conocimientos han demostrado ser más acordes con la pervivencia de la especie que los contruidos y practicados por la cultura patriarcal y por el mercado. Por eso la sostenibilidad debe mirar, preguntar y aprender de las mujeres. (Novo, 2007)

La cultura del cuidado tendrá que ser rescatada y servir de inspiración central a una sociedad social y ecológicamente sostenible.

**Vivir y trabajar en un mundo justo y sostenible**

La defensa del territorio y de los recursos naturales ha sido percibida en muchas ocasiones como un freno a la creación y mantenimiento del empleo, enfrentando las posiciones del movimiento ecologista y sindicalista. Pero cada vez es más claro que la destrucción de empleo es consecuencia de la voraz y depredadora economía capitalista que también arrasa con la naturaleza. Por ello, la necesidad de reconvertir la economía debe impulsar un necesario debate entre ecologismo y sindicalismo, un diálogo que permita afrontar con urgencia las necesarias transiciones y realizar propuestas viables en lo biofísico y justas en lo socioeconómico.

En las últimas semanas los medios de comunicación repiten sin descanso que el Estado español empieza a salir de la crisis, que se empiezan a observar signos de reactivación económica. Eso sí, estos medios señalan que el desempleo no disminuirá aún en mucho tiempo y que para retomar la senda del crecimiento será preciso mantener con fuerza las medidas de austeridad, no sea que el prometedor camino de recuperación que ha iniciado la economía se malogre.

Hoy ya casi nadie duda que el período de la burbuja inmobiliaria fue una gran estafa. La aspiradora del crecimiento desatado se llevó por delante, además de más empleos de los que creó, una buena parte del litoral de la Península —dejándolo sembrado de adosados que permanecen ocupados 22 días al año—; fragmentó y cementó el territorio construyendo aeropuertos sin aviones, puertos sin barcos, tramos de trenes de alta velocidad que apenas se usan o carreteras por las que no circula un número suficiente de coches que hiciera racional su construcción; se desarrollaron complejos turísticos, macrouurbanizaciones y parques temáticos que hoy son una ruina...

El argumento que otorgó legitimidad social al desarrollo de muchos de estos proyectos fue la creación de empleo y de riqueza social. En muchas ocasiones, el movimiento ecologista se encontró enfrentado en sus posiciones al movimiento sindical. La defensa de la conservación del territorio, de los bienes y recursos finitos ha sido percibida mayoritariamente como un freno a la creación y mantenimiento del empleo.

Hoy, con una buena parte del territorio arrasado, con un buen número

de infraestructuras inútiles que es preciso rescatar y con unas brutales tasas de desempleo cabe preguntarse si realmente es razonable una oposición entre sindicalismo y ecologismo, o si más bien, es el propio sistema económico capitalista y el tipo de sociedades que genera los que se oponen a la posibilidad de crear sociedades justas asentadas en un planeta que tiene límites.

Lo que ha destruido el empleo durante los últimos años ha sido justamente la economía voraz, depredadora, bulímica y, con frecuencia corrupta, que el ecologismo social lleva denunciando desde hace décadas.

Se quiera o no se quiera, la humanidad tendrá que vivir con menos energía y materiales y sería deseable que el conjunto de los movimientos sociales fuesen capaces de articular una resistencia y generación alternativas acordes con la complejidad de la crisis. La necesidad de reconvertir el metabolismo de la economía debería impulsar un necesario debate entre ecologismo y sindicalismo, un diálogo que permita afrontar la urgencia de estas transiciones y realizar propuestas viables en lo biofísico y justas en lo socioeconómico.

Y no es algo sencillo porque exige darle la vuelta a algunas piezas que cimentan nuestro armazón cultural y que fuerzan a mirar la realidad con unas lentes que la distorsionan.

### **En guerra con los cuerpos y la naturaleza**

El sistema económico capitalista y todo el armazón cultural que le acompaña se han desarrollado en contradicción con las dos dependencias materiales que permiten la vida. Ignoran la existencia de límites físicos en el planeta y ocultan y minusvaloran los tiempos necesarios para la reproducción social cotidiana. Crecen sin observar límites a costa de la destrucción de lo que precisamente necesitamos para sostenernos en el tiempo. Se basan en una creencia peligrosa para el futuro de los seres humanos: la de una falsa autonomía, tanto de la naturaleza como del resto de las personas.

Solo se podrá salir de una forma digna de esta crisis planteando otras

preguntas: cómo debemos habitar la tierra; qué mantiene vivas a las personas y, por tanto, qué debemos conservar; cuáles son las necesidades que hay que satisfacer para todas; cómo se distribuyen los bienes y el tiempo de trabajo; quiénes y cómo toman las decisiones en nuestras sociedades...

La mirada reduccionista del capitalismo otorga valor económico únicamente a aquello que se puede medir en términos monetarios. Esta simplificación elimina del campo de estudio económico una buena parte de los procesos, dinámicas y trabajos que son imprescindibles para el mantenimiento y conservación de la vida humana y no humana. Ni el ciclo del agua, ni la fotosíntesis, ni la crianza pueden ser analizadas a partir de su precio y por tanto son invisibles al proceso económico. La reducción del campo del valor a lo exclusivamente monetario transforma la noción de lo que es objeto de estudio económico y expulsa del campo de estudio económico a la complejidad de la regeneración natural y todos los trabajos humanos que no formaban parte de la esfera mercantil, que pasaron a ser invisibles.

La producción, desde esta perspectiva pasa a ser cualquier proceso en el que se genera un excedente social medido en magnitudes monetarias. La producción deja de ser el proceso cíclico de obtención de bienes y servicios para ser el mero incremento de los agregados monetarios.

Cuando la producción se mide exclusivamente en euros, la economía y la sociedad dejan de preguntarse por la naturaleza de lo que se produce y denominamos igualmente producción a aquello que destruye la posibilidad de que exista una vida buena y a lo es necesario para sostener la vida.

El precio de un determinado artefacto o producto no incorpora la inevitable generación de residuos que acompaña a cualquier proceso de transformación, ni tampoco el agotamiento de recursos finitos, ni la explotación de trabajadores y trabajadoras... Si no restamos en ningún lugar todas las externalidades negativas, lo que deseamos es que crezca la producción de lo que sea —sin valorar si es socialmente deseable o no— al máximo posible, aunque a la vez que aumentan los ingresos debidos a dicha producción, también crezcan todos los efectos negativos colaterales

que la acompañan.

Así, a base de ignorar el agotamiento y el deterioro de la capacidad de regeneración de la naturaleza, es como se ha llegado a construir el dogma intocable de la economía convencional: el que defiende que cualquier crecimiento económico, independientemente de la naturaleza de la actividad que lo sostiene, es positivo en sí mismo, constituyendo la única forma de garantizar el bienestar social.

La necesidad de que la economía crezca sirve de justificación lo mismo para arrebatar derechos laborales, que para destruir el territorio, para eliminar servicios públicos o para reformar el código penal... Y las personas lo tenemos tan incorporado en nuestros esquemas racionales que apenas se escuchan voces críticas que denuncien la falacia y el riesgo de perseguir el crecimiento económico como un fin en sí mismo, sin preguntarse a costa de qué, para satisfacer qué y quién se apropia los beneficios de ese crecimiento.

### **Trabajo no es solo lo que se hace a cambio del salario**

Con el nacimiento de la industria y la reducción de lo económico a lo monetario, la noción de trabajo también se estrechó y pasó a ser concebido como aquello que se hacía en la esfera mercantil a cambio de un salario, y todas aquellas funciones que se realizaban en el espacio de producción doméstica que garantizaban la reproducción y cuidado de los cuerpos humanos pasaron a no ser nombradas, aunque obviamente seguían siendo imprescindibles tanto para la supervivencia como para fabricar esa nueva mercancía que era la mano de obra.

La nueva noción de producción exigió hacer el cuerpo apropiado para la regularidad y automatismo y lo convirtió una maquinaria de trabajo. Y su regeneración y reproducción no es responsabilidad de la economía que se desentiende de ellas, relegándolas al espacio doméstico.

El trabajo solo puede ser productivo, en el sentido de producir excedente, mientras pueda obtener, extraer, explotar y apropiarse trabajo empleado en producir vida o subsistencia. La “producción de vida es una

precondición para la producción mercantil”. El trabajo de las mujeres y la naturaleza es esencial para producir las propias condiciones de producción y por ello la destrucción de esta base material debería ser, a nuestro juicio, una grave preocupación para un sindicalismo que quiera mirar cara a cara la realidad. Lo contrario es hacer cada vez más profundo el hoyo en el que ya están hundidos muchos sectores. Cuanto más se tarde en abordar las reconversiones más difícil será hacerlo y puede que llegue un momento en el que sea físicamente inviable —por falta de energía y materiales— realizar el cambio de metabolismo económico. Algunos sindicatos, pocos todavía, ya han iniciado este trabajo.

La situación se agrava cuando la explotación en el trabajo mercantil se convierte a la vez en el medio de acumulación y, a través de la participación en el mundo del trabajo asalariado, en el salvoconducto que permite obtener derechos sociales y económicos. La posibilidad de cobrar una pensión, la protección cuando no se tienen medios de vida, o el acceso a los servicios públicos se obtiene participando precisamente en la esfera pública de la economía. Por tanto todas aquellas personas excluidas del trabajo remunerado, no tienen derechos sociales por sí mismas.

Es este el espacio mercantil, en el que la solidaridad y el apoyo mutuo de la vida están suspendidos porque se organizan en torno a la obtención de beneficios, el que organiza el tiempo y el territorio, es el que decide cómo intervenir en la naturaleza, el que elige la deriva de la investigación, el que pone y quita gobernantes, el que, a partir de las políticas de puertas giratorias, se funde con el poder político, el que corrompe a los corruptos, el que decide relegar en los hogares la reproducción social exigiendo los recursos que socialmente se destinaban al bienestar de la vida humana y el que dice quién está dentro y quién es desposeído...

Apenas unas décadas organizando el mundo bajo esta lógica nos ha sumido en una crisis material y social que amenaza con abocar a los seres humanos a una situación sin retorno: los picos del petróleo y materiales, el cambio climático, la destrucción de tierra fértil, la dificultad en el acceso a agua dulce, la generación de residuos y la contaminación, la crisis de reproducción social, el incremento de las desigualdades, el incremento de la violencia... Y además, este molino satánico que retrataba

Polanyi, destruye también el empleo.

### **El absurdo de rebelarse contra los datos**

Girar la trayectoria suicida a la que conduce organizar la vida en torno al lucro de unos pocos obliga a asumir algunos puntos de partida que suelen permanecer ocultos detrás de creencias que la cultura capitalista ha inoculado en el ADN de nuestras sociedades y que condicionan las deseables transiciones.

El primero de estos condicionantes tiene que ver con el inevitable decrecimiento de la esfera material de la economía. No es un principio que se pueda o no compartir; es más bien un dato de partida. Los límites físicos del planeta obligan a ello. Se decrecerá materialmente por las buenas —es decir de forma planificada, democrática y justa— o por las malas —por la vía de que cada vez menos personas, las que tienen poder económico y/o militar, sigan sosteniendo su estilo de vida a costa de que cada vez más gente no pueda acceder a los mínimos materiales de existencia digna—.

Si asumimos la existencia de límites del planeta, es obvio que no va ser posible reactivar un crecimiento económico construido sobre las mismas bases materiales que el que existió las últimas décadas. No va a ser posible poner en marcha políticas neokeynesianas que precisen un elevado aporte de energía y materiales que beneficien a mayorías sociales. Pensar en este horizonte por fuerza más austero en lo material es una obligación para todos los movimientos sociales que tengan la emancipación y el bienestar humano como objetivo, y esto incluye al movimiento obrero.

El segundo condicionante tiene que ver con la interdependencia. Habitualmente el concepto de dependencia se suele asociar a la crianza, a la atención de personas enfermas o con alguna diversidad funcional. Sin embargo, la dependencia no es algo específico de determinados grupos de población, sino que como expone Cristina Carrasco “es la representación de nuestra vulnerabilidad; es algo inherente a la condición humana, como el nacimiento y la muerte”.

Aceptar la interdependencia, condición para la existencia de humanidad, en sociedades no patriarcales supone que la sociedad en su conjunto se tiene que hacer responsable del bienestar y de la reproducción social. Ello obliga a cambiar la noción de trabajo y a reorganizar los tiempos de las personas: repartiendo el empleo remunerado y obligando a que los hombres y la sociedad se hagan cargo de la parte del cuidado que les toca.

Una tercera condición es el reparto de la riqueza. Si tenemos un planeta con recursos limitados, que además están parcialmente degradados y son decrecientes, la única posibilidad de justicia es la distribución de la riqueza. Luchar contra la pobreza es lo mismo que luchar contra el acaparamiento de riqueza. Será obligado, entonces, desacralizar la propiedad y cuestionar la legitimidad de la propiedad ligada a la acumulación.

La reconversión de la economía bajo esta lógica implicará dar respuesta a preguntas básicas: ¿qué necesidades hay que satisfacer para todas las personas? ¿Cuáles son las producciones necesarias para que se puedan satisfacer esas necesidades? ¿Cuáles son los trabajos socialmente necesarios para lograr esas producciones?

No pretendemos caer en la ingenuidad de sostener que esta transición será fácil y que no estará exenta de fuertes conflictos, pero es cierto que existen propuestas y pautas, muchas de ellas elaboradas desde el propio movimiento sindical. Probablemente incompletas e inmaduras. Seguramente no serán perfectamente coherentes unas con otras, y presentarán dificultades no imaginadas para poder ser materializadas pero, sin duda, constituyen un punto de partida para la reflexión. Suponen una plataforma para empezar a pensar... y probablemente la única opción realista si se desea seguir viviendo y trabajando en este planeta.

---

## **1. Ajustarse a los límites físicos con criterios de justicia**

---

Desvelar la falacia del crecimiento continuo en un planeta con límites ha sido desde hace décadas el núcleo central del ecologismo. De forma más reciente, estos análisis han calado en otros grupos y sectores de pensamiento crítico que, a su vez, han complementado y enriquecido el discurso ecologista aglutinándose en torno a un movimiento que se declara objetor del crecimiento.

El decrecimiento, que es el término con el que se conoce este movimiento, constituye una corriente de pensamiento con orígenes muy diversos y procedentes de distintas disciplinas que defiende la necesidad de abandonar la lógica que sostiene el modelo de vida occidental. Pretende denunciar la inviabilidad de la sociedad del crecimiento y apunta a una disminución radical de la extracción de materiales y generación de residuos, con todos los cambios sociales, económicos, ecológicos y culturales que deben acometerse para que esta reducción se apoye en criterios de justicia social.

Fundamentalmente, se nutre de la crítica social y ecológica a la economía convencional, de numerosos análisis feministas y de reflexiones procedentes de los países del Sur. El término es, al decir de sus defensores, un eslogan, una palabra bomba (Latouche, 2008) que trata de llamar la atención sobre la necesidad de romper con la sociedad de la desmesura y la ausencia de límites, que ha conducido a la crisis global.

### **Una crisis multidimensional**

La diversidad de dimensiones, la complejidad y los riesgos que plantea la crisis actual son tales, que se habla de crisis de civilización y de la

urgencia de un cambio de paradigma civilizatorio para poder afrontarla. Se habla de crisis global porque afecta tanto a los modos de producir, distribuir y consumir como a la propia reproducción social y a los valores y actitudes de las personas e instituciones que sostienen el sistema.

Nos hallamos ante un cambio global en la Biosfera, cuya dimensión más conocida es el cambio climático. El rápido incremento de la presencia de gases de efecto invernadero en la atmósfera, está desencadenando un proceso de cambio en cadena que afecta a los regímenes de lluvias, a los vientos, a la producción de las cosechas, a los ritmos de puesta y eclosión de aves, a la polinización o a la reproducción de multitud de especies vegetales y animales. En definitiva, altera el funcionamiento de los sistemas naturales al cual está adaptada la especie humana.

Nos encontramos ante lo que hace años Hubbert denominó el “pico del petróleo” (Hubbert, 1949), es decir ese momento en el cual se ha alcanzado el punto de extracción máxima. Hoy día, no existe ninguna alternativa limpia que dé respuesta a las desmesuradas exigencias de este modelo urbano-agro-industrial, sumamente energívoro, que, además, continúa creciendo. (Fernández Durán, 2008)

La biodiversidad disminuye a un ritmo escalofriante. Ésta, constituye una especie de “*seguro de vida para la vida*” (Riechmann, 2000), ya que confiere a los ecosistemas cierta capacidad para resistir perturbaciones externas. Es la primera extinción masiva provocada por una especie, la humana. (Oberhuber, 2004)

Si añadimos la proliferación de la industria nuclear, la liberación de miles de nuevos productos químicos al entorno que interfieren con los intercambios químicos que regulan los sistemas vivos, la liberación de organismos genéticamente modificados cuyos efectos son imprevisibles o la experimentación en biotecnología y nanotecnología cuyas consecuencias se desconocen, podemos completar el panorama de riesgo de cambio catastrófico.

La crisis ecológica se da en un entorno social profundamente desigual. El mundo se encuentra polarizado entre un Centro que atrae materias primas, personas y capitales, y una Periferia que actúa como gran almacén de recursos y vertedero de residuos, en la que amplias mayorías de su

población no tienen acceso a los recursos básicos y ven progresivamente destruidas sus condiciones materiales de subsistencia.

Para terminar una breve caracterización de este panorama amargo, hemos de señalar la incidencia de una preocupante e invisibilizada crisis de cuidados. La construcción de la identidad política y pública de las mujeres se ha realizado a partir de la copia del modelo de trabajo remunerado de los hombres, sin que éstos paralelamente, asuman la paridad en los trabajos domésticos. El sistema económico capitalista es posible porque se apoya sobre los trabajos no remunerados de las mujeres que se ocupan de la reproducción social; nunca podría pagar la reproducción de la fuerza de trabajo.

### **Un planeta con límites**

El planeta Tierra es un sistema cerrado. Esto significa que intercambia energía con el exterior pero no materiales (excepto aquellos proporcionados por los meteoritos, tan escasos, que se pueden considerar despreciables). Por tanto, inevitablemente tenemos que concluir que el crecimiento continuo y sin límites es imposible en un planeta que sí que los tiene. La ignorancia de este planteamiento obvio es lo que ha conducido a la situación actual de translimitación. (García, 2004)

En efecto, los recursos que los seres humanos utilizamos cada año como fuentes de materiales y energía y como sumideros de residuos superan hace tiempo la producción anual de la tierra. Según el informe Planeta Vivo (WWF Adena, 2006), se calcula que a cada persona le corresponden alrededor 1,8 hectáreas de terrenos productivos por persona. Pues bien, la media de consumo mundial supera las 2,2has.

Además, este consumo no es homogéneo. Mientras que en muchos países del Sur no se llega a las 0,9has, un ciudadano de Estados Unidos consume en promedio 8,6, un canadiense 7,2, y un europeo medio unas 5has. Los datos anteriores ponen de manifiesto la inviabilidad de la extensión del modelo de producción y consumo occidental a toda la población del planeta y que, por tanto, la única opción viable, desde una

perspectiva de justicia y equidad, es que aquellos que sobreconsumen por encima de lo que corresponde a la biocapacidad de sus territorios rebajen significativamente su consumo material.

La constatación de la injusticia ambiental, que acompaña a la económica, a nivel global, es lo que ha hecho que los movimientos del ecologismo de los empobrecidos del Sur sean los mejores aliados de los defensores del decrecimiento en el Norte. Estos movimientos reclaman el reconocimiento de la deuda ecológica, denuncian la exportación de los residuos del Norte, se rebelan contra la biopiratería, desarrollan iniciativas contra las leyes del comercio internacional y se enfrentan con las grandes compañías transnacionales, defendiendo un derecho a la subsistencia y a una “vida buena” que sólo es posible si los países enriquecidos dejan de expoliar y depredar sus territorios.

### **Las promesas incumplidas de la desmaterialización**

Desde los años 80, se ha venido sosteniendo que gracias a un progreso tecnológico que aumentara la eficiencia en el uso de los recursos, era posible presagiar una progresiva independencia del crecimiento económico respecto al consumo de energía y recursos naturales. Este proceso, que desligaba crecimiento y límites, fue denominado *desmaterialización de la economía*. (Carpintero, 2005)

*Lamentablemente, la realidad no ha acompañado estos augurios optimistas y los costes ambientales de los nuevos procesos de fabricación, así como el aumento de consumo global (efecto rebote) muestran que la necesidad de considerar los límites es cada vez más perentoria.* (Carpintero, 2005)

*Aunque se pueda discutir caso por caso el impacto en el consumo de recursos por unidad de producto, lo que se constata con una claridad meridiana es el incremento del consumo en términos absolutos. La economía ecológica denomina a este fenómeno efecto rebote y a poco que estudiemos qué ha sucedido con la ecoeficiencia aplicada a la producción del automóvil, de la telefonía o de la informática veremos cómo a pesar de*

*que cada vez hacen falta menos materiales y se generan menos residuos para fabricar una unidad de cualquiera de ellos, el número de unidades fabricadas y consumidas se ha multiplicado de una forma alarmante, demostrándose, que siendo necesaria, la ecoeficiencia no es suficiente. Hace falta que sea acompañada de estrategias y medidas que limiten fuertemente la producción y el consumo.*

### **Librarnos del crecimiento: menos para vivir mejor**

Hoy nos encontramos ante una trampa. Si nuestro sistema económico crece arrasa los sistemas naturales, genera unas enormes desigualdades sociales y pone en riesgo el futuro de los seres humanos, pero si no crece, se desvertebra la sociedad con una enorme conflictividad social y una gran sufrimiento por parte de los sectores más desfavorecidos.

Necesitamos, por tanto, salir de esta lógica perversa. La imposibilidad del crecimiento desbocado en un planeta con límites, dejan como única opción la reducción radical de la extracción de energía y materiales, así como la generación de residuos, hasta ajustarse a los límites de la Biosfera. Mientras no salgamos del fundamentalismo económico del crecimiento, el proceso económico seguirá siendo incompatible con la sostenibilidad y la equidad.

Reducir el tamaño de la esfera económica no es una opción que podamos o no aceptar. El agotamiento del petróleo y de los minerales, el cambio climático y los desórdenes en los ciclos naturales, van a obligar a ello. La humanidad obligatoriamente va a tener que adaptarse a vivir con menos. Esta adaptación puede producirse por la vía de la pelea feroz por el uso de los recursos o mediante un proceso de reajuste tranquilo con criterios de equidad.

Una razonable reducción de las extracciones de la biosfera obliga a plantear un radical cambio de dirección. Descolonizar el "imaginario económico" (Latouche, 2008) y cambiar la mirada sobre la realidad, promover una cultura de la suficiencia y la autocontención, cambiar los patrones de consumo, reducir drásticamente la extracción de materiales y

el consumo de energía, controlar la publicidad, apostar por la organización local y las redes de intercambio de proximidad, restaurar la agricultura campesina, disminuir el transporte y la velocidad y aprender de la sabiduría acumulada en las culturas sostenibles y los trabajos que históricamente han realizado las mujeres, son algunas de las líneas directrices del cambio de la sociedad del crecimiento a una vida humana que se reconozca como parte de la biosfera.

### **Vivir bien con mucho menos: principio de suficiencia**

Georgescu-Roegen, ante la pregunta de qué puede hacer la humanidad ante la crisis actual destaca “la necesidad de reducir el consumo para reducir el agotamiento de nuestros recursos vitales al mínimo compatible con una supervivencia razonable de la especie. (...) No cabe duda de que debemos adoptar un programa de austeridad (...) Además de renunciar a todo tipo de instrumentos para matarnos los unos a los otros, también deberíamos dejar de calentar, enfriar, iluminar, correr en exceso, y así sucesivamente”. (Georgescu-Roegen, 1997)

En una economía circunscrita a los límites de la Biosfera, la energía fósil deberá tender a desaparecer. Si descartamos por sus riesgos, sus costes y por estar basada en un recurso no renovable la energía nuclear, sólo nos quedan las energías renovables, es decir: la solar, la eólica y, en una pequeña parte la biomasa e hidráulica. Esto dos últimos recursos, debiendo ser compartidos con otros usos distintos a la producción de energía como es la alimentación, necesariamente tienen que ser utilizados a escala limitada.

Las renovables limpias son la verdadera fuente de energía del futuro, pero no para las formas de uso a las que están acostumbradas las sociedades industriales y menos en un marco de crecimiento. Podemos vivir con renovables, pero con estilos de vida mucho más sencillos. No dan para una movilidad masiva en coche, para puentes de tres días en la otra punta de Europa, para vacaciones anuales en otro continente, para usar el aire acondicionado a nivel particular o para tener segundas

residencias que se ocupan 50 días al año.

La reducción de la extracción es necesaria también para otros minerales, que también se aproximan a su propio pico de extracción o incluso para bienes renovables, como el agua, que ya son escasos, no sólo por problemas de coyuntura, sino por problemas estructurales derivados del enorme incremento de la escala de uso.

Paradójicamente, se sigue animando desesperadamente a consumir de una forma exagerada. La exigencia de gobernantes y actores económicos de que las personas gasten cada euro que tengan en el bolsillo para reactivar la economía, pone de manifiesto la falacia de la soberanía del consumidor. Más bien nos encontramos encadenados a la obligación de consumir lo que sea para que no se desplome un modelo económico extremadamente irracional

En un mundo lleno y progresivamente devastado, la estrategia a adoptar es la de “cartilla de racionamiento”. No se trata de que la oferta responda a los deseos de las personas, sino de saber cuánto es razonable consumir y *gestionar la demanda* para que se corresponda con lo que es físicamente posible.

### **Una producción ligada al mantenimiento de la vida y no a su destrucción**

La convicción de que tanto la tierra como el trabajo son sustituibles por capital propició que la economía se centrara sólo en el mundo del valor monetario, olvidándose del mundo físico y material.

Al reducir la consideración de valor a lo monetario, muchas cosas quedan ocultas a los ojos del sistema económico. Suman positivamente el valor mercantil de lo producido, pero no restan los deterioros asociados o la merma de riqueza natural. Al contabilizarse sólo la dimensión creadora de valor económico y vivir ignorantes de los efectos negativos que comporta esa actividad, se alentó el crecimiento de esa “producción” (en realidad extracción y transformación) de forma ilimitada, cifrándose el progreso de la sociedad en el continuo aumento de los “bienes y

servicios” obtenidos y consumidos.

Esta forma de razonar sitúa el objetivo de la economía en incrementar las producciones sin que importe la naturaleza de las mismas, celebrándose el crecimiento de actividades que son a todas luces dañinas para el conjunto de las personas y el medio ambiente, que crecen a expensas del deterioro los servicios ecosistémicos y de invisibilizar los tiempos de trabajo necesarios para la reproducción social.

La ceguera de los instrumentos económicos ante los motivos reales de la bonanza económica de los últimos años (el crecimiento excesivo del crédito y la burbujas inmobiliaria, la hipertrofia de determinados sectores o la dependencia de la financiación exterior,) pone de manifiesto la necesidad de olvidar indicadores como el PIB para interpretar el éxito económico y adoptar un conjunto de indicadores que consideren otras dimensiones como son los flujos físicos, la apropiación de la producción primaria neta o los tiempos necesarios para las tareas de cuidados.

Para que la producción pueda estar asociada al mantenimiento de las condiciones de vida, es necesario volver a algunas preguntas básicas, tal y como se propone desde la economía feminista ¿Cuáles son las necesidades que hay que satisfacer? ¿Que es lo que hay que producir para satisfacerlas de forma equitativa?

En los mercados capitalistas, la obligación de acumular determina las decisiones que se toman sobre qué se produce, cómo y cuánto se produce, acerca de cómo estructurar los tiempos, los espacios o las instituciones legales.

Desde el punto de vista de la sostenibilidad, la economía debe ser el proceso de satisfacción de las necesidades que permiten el mantenimiento de la vida para todas las personas. Este objetivo no puede compartir la prioridad con el lucro. Si prima la lógica de la acumulación, las personas no son el centro de la economía. El beneficio no se puede conciliar con el desarrollo humano, o es prioritario uno, o lo es el otro y esta opción determina las decisiones que se toman en lo social y en lo económico.

**Biomímesis, una forma de producir compatible con la naturaleza**

J. Riechmann expone que la naturaleza nos proporciona el modelo para una economía sostenible y de alta productividad. La economía de la naturaleza es “cíclica, totalmente renovable y autorreproductiva, sin residuos, y cuya fuente de energía es inagotable en términos humanos: la energía solar en sus diversas manifestaciones (que incluye, por ejemplo, el viento y las olas). En esta economía cíclica natural cada residuo de un proceso se convierte en la materia prima de otro: los ciclos se cierran”. (Riechmann, 2005)

Estas son las mejores pautas para reconvertir los procesos productivos hasta hacerlos compatibles con la naturaleza. Cara a favorecer el cierre de ciclos de materiales, Naredo ha planteado que, además de registrarse los costes de la extracción y manejo de los minerales de la corteza terrestre, deben *consignarse los costes de reposición*, es decir de transformación de los residuos en recursos naturales ya que de lo contrario, al no restar en las cuentas la degradación, se favorece el deterioro del patrimonio natural.

La *fiscalidad ecológica*, en esta línea pretende cambiar la base de los impuestos desde el valor añadido hacia el flujo material que se produce desde la extracción de recursos al sistema económico y la posterior vuelta de los residuos.

Promover los mercados locales y regionales y la distribución cercana será una necesidad en un mundo con las fuentes energéticas de origen fósil en declive y con una urgente necesidad de reducir emisiones de gases de efecto invernadero.

Además, resulta esencial exigir el *principio de precaución*, de forma que no se comercialicen o se extiendan tecnologías o productos que no hayan demostrado de una forma convincente que no son nocivas para el medio y para las personas. En la actualidad más bien se imponen las “innovaciones” y se suponen inocuas hasta que se demuestre lo contrario.

## **Un cambio radical en el modelo de trabajo**

Una vez conocidas las necesidades que hay que satisfacer y qué hay que producir para hacerlo, la siguiente cuestión es determinar cuáles son

los trabajos socialmente necesarios para esta producción.

Ajustarse a los límites del planeta requiere reducir y reconvertir aquellos sectores de actividad que nos abocan al deterioro e impulsar aquellos otros que son compatibles y necesarios para la conservación de los ecosistemas y la reproducción social.

Nuestra sociedad ha identificado el trabajo exclusivamente con el empleo remunerado. Se invisibilizan así los trabajos que se centran en la sostenibilidad de la vida humana (crianza, alimentación, cuidados a personas mayores o enfermas, discapacidad o diversidad funcional) que siendo imprescindibles, no siguen la lógica capitalista. Si los cuidados y la reproducción social siguiesen una lógica de mercado, muchas personas no podrían simplemente sobrevivir.

El sistema capitalista no puede pagar los costes de reproducción social, ni tampoco puede subsistir sin ella, por eso esa inmensa cantidad de trabajo, impregnada de la carga emocional y afectiva que les acompaña, permanecen ocultos y cargados sobre las espaldas de las mujeres. Ni los mercados, ni el estado, ni los hombres como colectivo se sienten responsables del mantenimiento último de la vida. Son las mujeres, organizadas en torno a redes femeninas en los hogares las que responden y actúan como reajuste del sistema. Cualquier sociedad que se quiera orientar hacia la sostenibilidad debe reorganizar su modelo de trabajo para incorporar las actividades de cuidados como una preocupación social y política de primer orden.

### **El espinoso tema del empleo**

Pero además es necesaria una gran reflexión sobre el mundo del actual empleo remunerado. El gran escollo que se suele plantear al hablar de transición hacia estilo una vida mucho más austero es el del empleo. Históricamente, la destrucción de empleo ha venido en los momentos de recesión económica. Es evidente que un frenazo en el modelo económico actual termina desembocando en el despido de trabajadores y trabajadoras. Sin embargo, algunas actividades deben decrecer y el mantenimiento de

los puestos de trabajo no puede ser el único principio a la hora de valorar los cambios necesarios en el tejido productivo. Hay trabajos que no son socialmente deseables, como son la fabricación de armamento, las centrales nucleares, el sector del automóvil o los empleos que se han creado alrededor de las burbujas financiera e inmobiliaria. Las que sí son necesarias son las personas que desempeñan esos trabajos y por tanto, el progresivo desmantelamiento de determinados sectores tendría que ir acompañado por un plan de reestructuración en un marco fuertes coberturas sociales públicas que protejan el bienestar de trabajadores y trabajadoras.

Una red pública de calidad de servicios básicos como son la educación, la sanidad, la atención a personas mayores, enfermas o con diversidad funcional requiere personas. Igualmente las tareas de rehabilitación, de reparación, las que giran en torno a las energías renovables o a la agricultura ecológica pueden generar empleo; en general, todas las que tengan que ver con la sostenibilidad, necesitan del esfuerzo humano.

La disminución de la jornada laboral y el reparto de todos los tiempos de trabajo necesario (remunerado y doméstico) podrían permitir articular otra sociedad diferente. Ahora, la disminución de los beneficios se repercute directamente sobre los puestos de trabajo asalariados, pero podría repercutir sobre los “bonus” y reparto de dividendos a accionistas o sobre algunos salarios, que muy bien podrían bajar sin poner en peligro la subsistencia de quienes los perciben. Además, es preciso tener en cuenta que existen fórmulas empresariales, como las cooperativas, en las que el objetivo primordial no es maximizar el beneficio, sino el mantenimiento de los puestos de trabajo.

### **Igualdad y distribución de la riqueza**

Tradicionalmente, se defiende que la distribución está supeditada al crecimiento de la producción. La economía neoclásica presenta una receta mágica para alcanzar el bienestar: incrementar el tamaño de la “tarta”, es

decir, crecer, soslayando así la incómoda cuestión del reparto. Sin embargo, hemos visto que el crecimiento contradice las leyes fundamentales de la naturaleza y que no puede tener más que un carácter transitorio y a costa de generar una gran destrucción. Así, el bienestar vuelve a relacionarse con la cuestión esencialmente política de la distribución.

El reparto de la tierra será en el futuro un asunto nodal. La tarea será sustraer tierra a la agricultura industrial, a la especulación urbanística, a la expansión del asfalto y el cemento y ponerla a disposición de sistemas agroecológicos locales.

La exploración de propuestas como la renta básica de ciudadanía o los sueldos complementarios se hace urgente. Igualmente sería interesante considerar la posibilidad de establecer una renta máxima. Del mismo modo que existen muchos empleos precarios e insuficientemente remunerados, hay personas que podrían disminuir el salario neto sin que se viesen afectadas sus condiciones de vida.

Reducir las desigualdades nos sumerge en el debate sobre la propiedad. Paradójicamente nos encontramos es una sociedad que defiende la igualdad de derechos entre las personas que la componen y que sin embargo asume con toda naturalidad enormes diferencias en los derechos de propiedad. En una cultura de la sostenibilidad habría que diferenciar entre la propiedad ligada al uso de la vivienda o el trabajo de la tierra, de aquellas otras ligadas a la acumulación ya sea en forma de bienes inmuebles o productos financieros y poner coto a éstas última, ya que suponen situar fuera del alcance de otras personas la posibilidad de satisfacer necesidades básicas.

Cara a limitar la acumulación y reducir gradientes de desigualdad es fundamental modificar el sistema monetario internacional para establecer regulaciones que limiten la expansión financiera globalizada, regular la dimensión de los bancos, controlar su actividad, aumentar el coeficiente de caja, limitar las posibilidades de creación de dinero financiero y dinero bancario y suprimir los paraísos fiscales de modo que no constituyan vías de escape para que los oligarcas sitúen su patrimonio y negocios fuera de las leyes estatales.

Apostar por la redistribución equitativa de la riqueza supone unos servicios públicos fuertes, una fiscalidad progresiva y que la prioridad del gasto público se oriente al bienestar: sanidad, educación, protección y cuidado de la población.

En definitiva, se trata de cambiar los criterios que hoy prevalecen por otra racionalidad económica que se someta a las exigencias sociales y ambientales que permiten el mantenimiento de la vida. Orientar las decisiones económicas hacia la igualdad no es sólo cuestión de normativa o instrumentos económicos, sino de impulsar también cambios culturales en dirección contraria de los que se han venido estimulando en las últimas décadas.

### **Tejer alianzas: construir mayorías**

En el momento actual, dentro de los movimientos sociales y políticos que defienden la necesidad de una transformación que conduzca a la sostenibilidad ecológica y humana y a la justicia social, la potencia del análisis crítico de la realidad y las propuestas de cambio no guardan relación con las escasas fuerzas que existen para forzar estos cambios. Nos encontramos en un momento que reúne todas las condiciones de una situación prerrevolucionaria sin sujetos revolucionarios. (Beck, 1998)

Aunque cada vez son más las iniciativas y movimientos de todo tipo que comparten análisis y cuyas propuestas son convergentes y no excluyentes, aún se está lejos de confluir y articular una base sólida que exija y apoye los cambios necesarios.

Si queremos forzar cambios, habrá que dar la batalla en el ámbito de las ideas, en los planos económico, ecológico, social y político. Pero sobre todo será necesario construir poder colectivo y sumar mayorías que puedan impulsar y exigir un cambio.

No cabe pensar que el colapso social y ambiental venga en nuestra ayuda. Si no somos capaces de articular movimiento, lo que venga detrás de este capitalismo puede ser aún peor.

Para ello tendremos que superar viejas tendencias en la forma de

militar o de ser activista que han hecho de cada diferencia un motivo de fragmentación, que han convertido en enemigo a aquel del que menos nos separaba.

Desarrollar la crítica feroz es fácil, estamos muy acostumbrados a ello. Es más difícil buscar acercamientos, convivir con algunas diferencias, acostumbrarnos a hacer trechos de camino en una dirección que nos convenga sin romper demasiado pronto porque la meta a la que queremos llegar no es exactamente igual.

Los seres humanos evolucionaron gracias a la cooperación y el apoyo mutuo y nosotros seguimos siendo seres humanos que sólo conseguiremos fuerza para imponer cambios a partir de la construcción colectiva, de la búsqueda incansable de acuerdos y del cuidado a lo único que tenemos para dar la batalla: nuestros compañeros y compañeras.

No queda otra. O sumamos o preparémonos para la que se avecina.

## Bibliografía

Agarwal, Bina (1996) “[El debate sobre las relaciones entre género y ecología](#)”. *Mientras Tanto* nº 65.

Agra, M<sup>a</sup> Xosé (comp.) (1997) *Ecología y feminismo*. Granada. Universidad de Granada.

Amorós, Celia (1985) *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona. Anthropos.

Beck U. (1998) *La sociedad del riesgo*. Paidós.

Bosch, A.; Carrasco, C. y Grau, E. (2005) “[Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo](#)”. En Enric Tello (ed.) *La historia cuenta. Del crecimiento económico al desarrollo humano sostenible*. Barcelona: Ediciones El Viejo Topo, pp. 321-346.

Carpintero, Óscar (2005) *El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica 1955-2000*. Madrid: Colección Economía vs Naturaleza, Fundación César Manrique.

Carpintero, Óscar y Bellver, José (2013) “Es posible la sostenibilidad ambiental de la economía española”. En Worldwatch Institute (ed.) *La situación del Mundo 2013. ¿Es aún posible lograr la sostenibilidad?* Barcelona: Icaria y Fuhem Ecosocial, pp. 557-579, 651-656.

Carrasco, Cristina (2009a) “[Tiempos y trabajo desde la experiencia femenina](#)”. *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, Nº 108.

Carrasco, Cristina (2009b) “[Mujeres, sostenibilidad y deuda social](#)”. *Revista de Educación*, número extraordinario 2009

Carrasco, Cristina (2001) “[La sostenibilidad de la vida humana: ¿un](#)

asunto de mujeres?”. *Mientras Tanto*, N° 82.

Cavana, M.L, Puleo, A. Segura, C. (2004): *Mujeres y ecología: Historia, pensamiento y sociedad*. Al-Mudayna

Commoner, Barry (1976) *The Poverty of Power: Energy and the Economic Crisis*. New York: Random House.

Commoner, Barry (1971) *The Closing Circle: Nature, Man, and Technology*. New York: Knopf.

Federeci, Silvia (2010) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Fernández Durán, Ramón (2010) *El Antropoceno: la crisis ecológica se hace mundial. La expansión del capitalismo global choca con la Biosfera*. Madrid: Virus y Libros en Acción.

Fernández Durán, Ramón (2008). *La historia trágica del petróleo*. Madrid: Virus y Libros en Acción.

García, Ernest (2006) “El Cambio más allá de los límites al crecimiento: un nuevo referente para el realismo en la sociología ecológica”. En Luis Enrique Espinoza y Valentín Cabero (eds.) *Sociedad y Medio Ambiente*. Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca, pp. 52-74.

García, E. (2004) *Medio ambiente y sociedad*. Alianza Ensayo.

Georgescu-Roegen, N. (1997) *La ley de la entropía y el proceso económico*. Fundación Argentaria

Hernando, Ana (2012) *La fantasía de la individualidad*. Madrid: Katz Editores.

Herrero, Yayo (2013) “Miradas ecofeministas para transitar a un mundo justo y sostenible”. *Revista de Economía Crítica*, 16, pp. 40-65.

Herrero, Yayo (2012) "Propuestas ecofeministas para un sistema cargado de deudas". *Revista de Economía Crítica*, 13, pp. 30-54.

Herrero, Y.; Cembranos, F. y Pascual, M. (coords.) (2011) *Cambiar las gafas para mirar el mundo. Hacia una cultura de las sostenibilidad*. Madrid: Libros en Acción.

Herrero, Yayo (2006): "Ecofeminismo: una propuesta de transformación para un mundo que agoniza". *Cuadernos Mujer y Cooperativismo*. noviembre 2006, n.8 UCMTA

Hubbert, K (1949) "Energy from Fossil Fuels". *Science* vol 199. [www.eoearth.org](http://www.eoearth.org)

King, Y (1983) "The eco-feminist imperative". *Reclaim the Earth: Women Speak out for life on Earth*, Caldecott, L y Leland, S. (eds.), The Women's Press, Londres.

Latouche, S. (2008) *La apuesta por el decrecimiento*. Icaria

Martínez Alier, Joan (2004) *El ecologismo de los pobres: conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona: Icaria.

Meadows, Donella H. (1972) *Los límites al crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Meadows, D.H., Randers, J. y Meadows, D.L. (2004) *Limits to growth: the 30 years update*. White River Junction, VT: Chelsea Green.

Naredo, José Manuel (2006) *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.

Novo, M (2007) "La Naturaleza y la mujer como sujetos: el valor de la utopía y de la educación". *Mujer y medio ambiente: los caminos de la visibilidad*, Los Libros de La Catarata, Madrid.

Oberhuber, T. (2004) “Camino de la sexta gran extinción” en *El Ecologista*, Nº 41. Ecologistas en Acción.

Odum, Howard Thomas (1971) *Environment, Power and Society*. New York: John Wiley and sons.

Odum, Howard Thomas y Odum, Elisabeth (1976) *Energy basis for Man and Nature*. New York: McGraw-Hill Rook Company.

Pérez Orozco, Amaia (2006a) “[Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico](#)”. *Revista de Economía Crítica*, 5, pp.7-37.

Pérez Orozco Amaia (2006b) *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social.

Piccio, Antonella (1992) *Social Reproduction: the political economy of Labour Market*. Cambridge: Cambridge University Press.

Polanyi, Karl (1992) [La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo](#) (1944), México: Fondo de Cultura Económica.

Precarias a la Deriva (2004) *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Puleo, Alicia (2011): [Ecofeminismo para otro mundo posible](#), Madrid: Cátedra.

Reid, W. et al. (dir.) (2005) [Informe evaluación ecosistemas del milenio](#). [Consultado el 17 de julio de 2010].

Riechmann Jorge (2009) *La habitación de Pascal*. Ediciones La Catarata. Madrid.

Riechmann, Jorge (2005) *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la*

*naturaleza, ecosocialismo y autocontención*. Ediciones La Catarata. Madrid.

Riechmann, Jorge (2000) *Un mundo vulnerable*. Ediciones La Catarata. Madrid.

Rockström, J. et al. (2009) “Planetary boundaries: exploring de safe operating space for Humanity”. *Ecology and Society*, 14 (2), pp.32.

Schumacher, Ernst F. (1973) *Small is Beautiful: economics as if people mattered*. London: Blond and Brigs.

Shiva, V. y Mies, M. (1997): *Ecofeminismo*, Icaria.

Worldwatch Institute (2013) *La situación del Mundo 2013. ¿Es aún posible lograr la sostenibilidad?* Barcelona: Icaria y Fuhem Ecosocial.

WWF Adena (2006) *Informe planeta vivo*.

El presente libro está compuesto por varios artículos de la autora aparecidos en los últimos años y diversas publicaciones.

El texto recogido en la primera parte, *Retos del movimiento ecologista ante la crisis global*, fue publicado en la Revista Andaluza de Antropología, nº 6, marzo de 2014. ISSN: 2174-6796 ([edición en línea](#)).

La segunda parte de este libro, *Ecofeminismo, una propuesta para repensar el presente y construir futuro*, la integran los trabajos aparecidos en el boletín nº 43, de junio de 2015, del Centro de Documentación HEGOA ([edición en línea](#)) y en el Boletín ECOS nº 10, enero-marzo 2010, del CIP-Ecosocial ([edición en línea](#)), escrito en colaboración con Marta Pascual Rodríguez.

Por último, *Vivir y trabajar en un mundo justo y sostenible*, la componen dos artículos publicados en la revista El Ecologista, ISSN 0211-6472, nº 80, marzo de 2014, págs. 21-23 ([edición en línea](#)), y en el nº 108, Año XVIII, Febrero de 2010, de la revista Viento Sur ([edición en línea](#)).



**Yayo Herrero** es Licenciada en Antropología Social y Cultural, Educadora Social e Ingeniera Técnica Agrícola, Yayo Herrero cuenta con un Diploma de Estudios Avanzados en Pedagogía. Ha sido durante dieciséis años Jefa de Proyecto y Responsable de Producción, Calidad y Gestión de Riesgos en varias empresas multinacionales.

En los últimos años, ha coordinado el Área de Conocimiento en Red y Divulgación del Centro Complutense de Estudios e Información Medioambiental, inscrito en la Fundación General de la Universidad Complutense de Madrid. Desde enero de 2012, es la Directora de FUHEM, y en paralelo tutora del Máster en Educación y Sistemas Complejos de la UNED, y trabaja temas relacionados con la ecología social y el feminismo.